

**LA PATAGONIA
DE SOPEÑA**

HÉCTOR D'AMICO

**LA PATAGONIA
DE SOPEÑA**



ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO

Buenos Aires

2005

D'Amico, Héctor
La Patagonia de Sopeña
1a ed. - Buenos Aires: Academia Nacional de Periodismo, 2005.
120 p. 23x16 cm.

ISBN 987-1107-10-2

1. Periodismo. I. Título
CDD 070.4

Corrección: Karina Garofalo.

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel./fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: *info@dunken.com.ar*
Página web: *www.dunken.com.ar*

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina
© 2005 Hector D'Amico
ISBN 987-1107-10-2

Academia Nacional de Periodismo

Miembros de número

MARTÍN ALLICA	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
ARMANDO ALONSO PIÑEIRO	LAURO F. LAÍÑO
GREGORIO BADENI	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
NORA BÄR	FÉLIX LUNA
ULISES BARRERA	ENRIQUE J. MACEIRA
RAFAEL BRAUN	ROBERTO MAIDANA
CORA CANÉ	ENRIQUE M. MAYOCHI
NELSON CASTRO	JOAQUÍN MORALES SOLÁ
JUAN CARLOS COLOMBRES	ALBERTO J. MUNIN
JORGE CRUZ	ENRIQUETA MUÑIZ
HÉCTOR D'AMICO	ENRIQUE OLIVA
DANIEL ALBERTO DESSEIN	LEANDRO PITA ROMERO
JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO	ANTONIO REQUENI
ROBERTO A. GARCÍA	MAGDALENA RUIZ GUIÑAZÚ
OSVALDO E. GRANADOS	DANIEL SANTORO
MARIANO GRONDONA	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
ROBERTO PABLO GUARESCHI	ERNESTO SCHOO
JORGE HALPERÍN	RAÚL URTIZBEREA
RICARDO KIRSCHBAUM	BARTOLOMÉ DE VEDIA

Miembros eméritos

NAPOLEÓN CABRERA
JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS

Miembros correspondientes en la Argentina

EFRAÍN U. BISCHOFF (CÓRDOBA)
LUIS F. ETCHEVEHERE (ENTRE RÍOS)
CARLOS HUGO JORNET (CÓRDOBA)
CARLOS LIEBERMANN (ENTRE RÍOS)
JORGE ENRIQUE OVIEDO (MENDOZA)
CARLOS PAEZ DE LA TORRE (TUCUMÁN)
HÉCTOR PÉREZ MORANDO (NEUQUÉN)
JULIO RAJNERI (RÍO NEGRO)
GUSTAVO JOSÉ VITTORI (SANTA FE)

Miembros correspondientes en el extranjero

ARMANDO RUBÉN PUENTE (ESPAÑA)

MARIO DIAMENT - ANDRÉS OPPENHEIMER (ESTADOS UNIDOS)

Mesa Directiva

Presidente:	BARTOLOMÉ DE VEDIA
Vicepresidente 1°:	LAURO FERNÁN LAÍÑO
Vicepresidente 2°:	ROBERTO PABLO GUARESCHI
Secretario:	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
Prosecretario:	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
Tesorero:	ENRIQUE MARIO MAYOCHI
Protesorero:	ALBERTO J. MUNIN

Comisión de Fiscalización

Miembros titulares:	ENRIQUETA MUÑIZ RAFAEL BRAUN ROBERTO MAIDANA
Miembros suplentes:	CORA CANÉ BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT NORA BÄR

Comisiones

Admisión: ENRIQUE J. MACEIRA (coordinador), JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO, RICARDO KIRSCHBAUM, ENRIQUETA MUÑIZ Y ERNESTO SCHOO.

Libertad y Ética Periodística: LAURO F. LAÍÑO (coordinador), RAFAEL BRAUN, RICARDO KIRSCHBAUM, ENRIQUE J. MACEIRA, ALBERTO J. MUNIN Y ENRIQUE OLIVA.

Biblioteca, Hemeroteca y Archivo: ENRIQUE MARIO MAYOCHI (coordinador).

Concursos, Seminarios y Premios: JORGE CRUZ (coordinador).

Publicaciones y Prensa: ANTONIO REQUENI (coordinador).

El 23 de junio de 2005, el miembro de número Héctor D'Amico, titular del sillón Bernardo de Monteagudo, se incorporó formalmente a nuestra Academia, en el curso de una sesión pública que se realizó en el Museo Mitre, de esta ciudad.

Esta publicación contiene el discurso de incorporación que el académico pronunció en esa oportunidad, dedicado al extinto académico Germán Sopeña, pieza que se complementa con otras publicadas con anterioridad en la revista dominical del diario La Nación.

Precede esos trabajos el discurso de recepción que estuvo a cargo del presidente de la corporación, doctor José Claudio Escribano.

DISCURSO DE RECEPCIÓN PRONUNCIADO POR EL DOCTOR JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO

Hablar de Héctor D'Amico es para mí hablar de un amigo con quien comparto desde hace años muchas horas diarias de trabajo. Otro tanto sucedió con el colega trágicamente desaparecido en abril de 2002. La vocación de Germán Sopeña por la inmensa geografía patagónica fue un vínculo más entre D'Amico y él, y de ellos dos con el diario fundado por Mitre en 1870.

Agradezco a mi compañero de tareas periodísticas el requerimiento de tener a mi cargo su presentación en sesión pública en la institución que lo recibe con beneplácito. D'Amico tiene acreditada una larga y sólida trayectoria en la prensa argentina. En *La Nación* y en revistas como *Somos*, *Siete Días* y *Noticias*, en la que ejerció la dirección.

Hay dos ciclos en su faena como miembro de la Redacción de *La Nación*. En la primera, como redactor, descolló en las páginas de la revista dominical. Recuerdo con particular admiración algunos de sus reportajes, como el que realizó en un santiamén al gran dramaturgo Arthur Miller. La segunda etapa comenzó con la asunción de importantes funciones jerárquicas hasta llegar al actual cargo de secretario general de Redacción. Esta posición había sido ocupada entre 1935 y 1950 por uno de los hombres cuya personalidad más me ha impresionado entre todas la que he tratado de manera directa en la vida pública argentina. Me refiero al doctor Juan Santos Valmaggia.

D'Amico ha elegido, como tema de su disertación, “La Patagonia de Sopeña”. Desde la mirada abarcativa de un historial de 135 años, eso es también disertar sobre “La Patagonia de *La Nación*”. Germán Sopeña fue el continuador entusiasta, brillante y audaz hasta la muerte, de un territorio excepcional por

su ubicación estratégica en el Atlántico Sur. Un territorio de bellezas incomparables, de una riqueza esencial para el desenvolvimiento argentino y su proyección hacia el futuro, sea por los minerales y su procesamiento industrial, la energía, la ganadería, los frutales, el turismo, la pesca afirmada en la base de sus puertos profundos...

Esa grandeza fue intuida por el genio del general Julio A. Roca. Hoy, no sin estupor, observamos cómo se pretende ignorar al general Roca y abatir su figura, incólume en la historia grande del país, como se pretende a veces desmerecer, por razonamiento y pasiones facciosas, a instituciones que han gravitado en la construcción del país y en la afirmación de sus valores culturales más definitorios. En la evaluación exacta de lo que significaban las tierras australes derivadas del antiguo dominio español en América, Roca y Mitre estuvieron de acuerdo. Dos hombres que disintieron como ellos en tantas importantes cuestiones públicas de su tiempo, hallaron, sin embargo, en la Patagonia uno de sus puntos de crucial coincidencia.

Se ha escrito mucho sobre la amistad de Mitre con el perito Francisco Moreno, sobre el aliento que aquél ofreció a éste para exploraciones decisivas en un territorio desconocido hasta entonces por el hombre blanco y de qué manera se abrieron las páginas de *La Nación* para las descripciones con las cuáles Moreno registró, con rigor científico, lo que iba encontrando en su intrépida marcha por la Patagonia.

Menos se sabe, en cambio, que *La Australia Argentina*, la obra notable de Roberto J. Payró, tuvo su origen en una iniciativa del mismo diario que vinculó a D'Amico con Sopeña.

Mitre estimuló a Payró a realizar el viaje que coronaría con una publicación seriada de sus observaciones y cuyo conjunto, llevado después al libro, hubiera bastado, él solo, para la consagración definitiva del escritor nacido en Mercedes pero reconocido a partir de su actuación periodística en Bahía Blanca. *La*

Australia Argentina se publicó primero como folletín en las páginas de *La Nación* a la usanza de lo que ocurría en el siglo XIX con otras realizaciones literarias llamadas a suscitar fuerte interés popular.

Mitre y Payró habían acordado que lo que después se conocería como *La Australia Argentina* fuera un vasto reportaje, una constatación amplia de todos los datos e impresiones del viajero que sirvieran para dar idea de lo que eran las tierras y las costas del extremo sur del país, “sucediéndose en ameno contraste – adelantó alguna vez *La Nación*– la página descriptiva al dato estadístico o la crítica administrativa”. También hacía saber *La Nación* que el libro finalmente editado en 1898 debería ser el comentario de un mapa geográfico hasta ese momento mudo o una suerte de toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que ya formaba parte de la soberanía argentina, pero que todavía no se había incorporado a ella para dilatarla y vivificarla.

Es esto lo que ha hecho *La Nación*, con su prédica incesante, desde los primeros números. En la explicitación de ese espíritu tuvo por intérpretes elocuentes, como es natural, a Moreno y Payró, pero también, entre muchísimos otros exponentes de diferentes generaciones de redactores, a Sopeña y a aquel gran jefe de Editoriales que fue Luis Mario Lozzia, quien como periodista y escritor se consagró a exaltar la significación de la ruta 40, llamada así desde que Vialidad Nacional dispuso, en 1935, identificar las arterias troncales del país del número uno al cincuenta. También la Patagonia ha estado en innumerables ocasiones presente en los trabajos profesionales de quien se incorpora a la Academia Nacional de Periodismo. ¡Cómo no iba a estarlo, si D’Amico es hijo de Allen, ese poblado del Valle del Río Negro, parte de una franja privilegiada de la tierra que está, por su decisión, en el centro del acto que nos convoca...!

Los medios de prensa articulan pueblos y comarcas. Figura entre sus misiones más nobles la de preservar y ennoblecer la

identidad de una Nación, como lo hacía en el vuelo final Germán Sopeña, como lo hace Héctor D'Amico ahora con el tema que ha elegido para su exposición.

Lo recibimos con brazos abiertos y disponemos nuestra atención para escucharlo. Gracias.

LA PATAGONIA DE SOPEÑA

Quiero agradecer a los miembros de esta Academia por haberme aceptado como a uno de los suyos y permitirme ocupar el sillón Bernardo Monteagudo. Pero quiero darle muy especialmente las gracias a Claudio Escribano por el afecto de sus palabras y porque fueron su iniciativa y su generosidad las que hicieron posible mi incorporación.

Decidí hablarles esta tarde de un colega, contemporáneo nuestro, cuya existencia inquieta y apasionante y cuyos meritos notables en el ejercicio del periodismo no son ajenos a la mayoría de las personas aquí reunidas.

La razón por la que voy a ocuparme de Germán Sopeña, en un ámbito tan apropiado como el de esta Academia, de la cual formó parte, es que me pareció oportuno rescatar y compartir con ustedes una de las ideas más inspiradoras, fundamentadas y a mi entender entusiastas que nos ha dejado en su múltiple condición de periodista, viajero, estudioso de las ideas políticas y económicas, docente, montañista de alma y, sobre todo, de hombre interesado por los asuntos públicos del país y por las razones que mueven la rueda del progreso.

La idea a la que me refiero es la de la Patagonia posible. Es una visión integral de la región menos conocida por los argentinos y de su verdadero potencial de desarrollo, una suerte de hoja de ruta que elaboró pacientemente Sopeña a lo largo de veinte años de exploraciones en forma de textos periodísticos, conferencias, libros y muestras fotográficas. El suyo fue un verdadero acto de fe en la Patagonia, sustentado en el conocimiento, la investigación y el esfuerzo. No es un legado menor en una

sociedad que con asombrosa liviandad acepta, casi como hábito, poner en duda su destino nacional y, por lo tanto, la posibilidad misma de alcanzarlo o de merecerlo.

Antes de avanzar en el tema, me parece útil aclarar que Sopeña fue un hombre que practicó la transversalidad mucho antes de que la política local la descubriera con el propósito evidente de utilizarla como un instrumento de acumulación de poder. Para él, la transversalidad tenía un sentido muy diferente. Era la manifestación de un espíritu amplio, curioso, guiado por la convicción de que la diversidad nos enriquece y nos asiste para que seamos más ecuanímenes a la hora de expresar nuestras opiniones y nuestros juicios.

Por eso mismo, no entendía el debate como un duelo de argumentos, como un rudimentario ejercicio de avasallamiento intelectual. Lo aceptaba siempre como la actitud civilizada del que no aspira a otra recompensa que la de razonar con el otro.

Cuatro o cinco apuntes biográficos anotados aquí sin otro rigor cronológico o temático que el que con frecuencia nos impone la memoria me ayudarán a retratar mejor a este colega en cuyo carácter, como dije, convivían en armonía la diversidad, la multiplicidad y la simultaneidad. Veamos.

Sopeña, por citar una de sus tantas experiencias como viajero, recorrió la ex Unión Soviética de un extremo a otro en el legendario Transiberiano, pero, como buen entusiasta y experto en los ferrocarriles que era, antes de abordarlo tomó una precaución que le permitió vivir y disfrutar de una manera diferente la aventura de viajar ocho días con sus noches en un tren que atraviesa los Urales, la estepa siberiana, el desierto de Gobi y Mongolia. A diferencia de lo que hace la mayoría de los turistas extranjeros, evitó el ramal más conocido, el que une Moscú con Vladivostok. Se subió, en cambio, al otro convoy, el que recorre varios miles de kilómetros por territorio ruso pero luego cambia

de rumbo, se dirige hacia el Sur y cruza la frontera con China para arribar, exhausto pero triunfal, a la enorme estación terminal de Pekín. Este simple cambio de planes y de itinerario lo recompensó, a mediados de los años setenta, con comodidades más próximas al mundo de los zares que a la rígida austeridad del comunismo todavía reinante. Al ser de construcción china y no rusa, su camarote contaba con ducha individual, paredes tapizadas en pana verde, samovar, salón de lectura y puertas y ventanillas trabajadas en madera laqueada. La milenaria pared infinita de la Gran Muralla, serpenteando a la distancia y ocultándose de pronto tras las montañas, es la última gran sorpresa que le depara ese viaje inolvidable que con tanta naturalidad combina cierto confort extravagante con paisajes exóticos capaces de cautivar los sentidos y el alma.

Aficionado desde siempre al automovilismo deportivo, cubrió como periodista carreras de Formula Uno por todo el mundo, encontró tiempo y paciencia para restaurar sus propios autos y compitió en dos ediciones de la Mille Miglia, la célebre carrera que reúne cada año en Italia las marcas y los modelos más admirados de todas las épocas.

Buen lector de textos de estrategia militar, aplicó sus conocimientos en numerosas crónicas, entre ellas, las que redactó como enviado especial a la guerra entre Irán e Irak que causó más de un millón de muertos. En una de ellas, fechada en la caótica Bagdad, rescató una vieja definición sobre los periodistas que resulta muy oportuna en cualquier crónica escrita desde el frente. Dice así: el periodista es esa extraña clase de persona que siempre quiere entrar al lugar del cual todos quieren salir.

Entrevistó en Londres a uno de los pensadores que más admiraba, Karl Popper, y en París, a Raymond Aaron, a quien consideraba un intelectual profundo, valiente y profético. Toda vez que alguien le preguntaba cuál había sido el libro que más había influido en su vida, la respuesta invariable era *1984*, de George Orwell.

Sopeña escaló el Aconcagua; obtuvo títulos de posgrado en el Instituto de Ciencias Políticas de París y en la Universidad de La Sorbona; tomó clases de guitarra con el gran músico de *jazz* Oscar Aleman; se las ingenió para entrevistar a Julio Cortázar y a Stéphane Grappelli como a él más le gustaba, es decir, a bordo de un tren; exploró glaciares en la Cordillera y en los Alpes; fue uno de los primeros periodistas a los que las autoridades francesas autorizaron a viajar sentado junto al conductor del TGV a una velocidad de 300 kilómetros por hora; voló en el Concorde cuando el Concorde era todavía aquella maravilla del diseño y la tecnología que iba a transformar para siempre el futuro de la aviación comercial.

En los ocho años en que fue corresponsal en Europa utilizó un total de 18 billetes Eurailpass: es el parámetro que ratifica su condición esencialmente itinerante, eso que los grandes viajeros del imperio británico diagnosticaron en su momento como “la anatomía de la inquietud”.

El entusiasmo de Sopeña por actividades en apariencia tan alejadas de su profesión hizo inevitable que, con el tiempo, entre sus amigos uno pudiera reconocer geólogos, diplomáticos, directores de museos, analistas de economías en *default*, guías de alta montaña, políticos o biólogos marinos aplicados a tareas tan específicas como el estudio de la ballena franca austral.

Ahora bien, hay un aspecto notable en la trayectoria de este periodista prolífico, siempre calmado pero siempre en movimiento, y es la manera intensa, íntima diría, en la que su nombre ha ido quedando asociado en la memoria de tanta gente con la imagen de la Patagonia. Me atrevo a afirmar, sin ánimo de propiciar un debate entre los colegas aquí presentes, que, con los años, la mención de Sopeña va a seguir siendo sinónimo de periodismo de excelencia, pero de una manera insoslayable y

creciente va a remitir sobre todo al inmenso y mágico territorio que se extiende más allá del río Colorado.

De hecho, si ustedes se toman el trabajo de ingresar en alguno de los principales buscadores de Internet, van a encontrar no menos de doscientas entradas referidas a él. La mayoría está vinculada con sus artículos, conferencias y crónicas de sus expediciones a la región austral y dos de sus libros. Uno es *La Patagonia Blanca*, que reúne los testimonios de sus viajes a la zona de los Hielos Continentales y de los grandes glaciares. El otro, *Monseñor Patagonia*, es la biografía del sacerdote salesiano Alberto De Agostini, un explorador extraordinario y pintoresco que en la primera mitad del siglo pasado recorrió el Sur durante cuarenta años preocupado por la desaparición de las culturas aborígenes. Sopeña escribió este libro como un homenaje y para rescatarlo de esa forma de ingratitud colectiva que es el olvido o el desconocimiento liso y llano de lo que han hecho los pioneros por nuestro país.

Al igual que Charles Darwin, Antonio de Viedma, Thomas Bridges, el padre José Fagnano, Tomás Falkner o Robert Fitz Roy, Sopeña fue sensible a la poderosa atracción de la aventura en los paisajes majestuosos, vacíos, silenciosos, de una tierra sin límites a la que un viajero francés describió, con acierto y poesía, como “el vértigo horizontal”.

Tan fuerte fue ese vínculo que realizó más de veinte viajes por la Patagonia y recorrió unos cien mil kilómetros en balsa, avión, helicóptero, esquí, a caballo, en vehículos cuatro por cuatro o caminando fatigosamente en el hielo sobre grampones ajustados a sus botas.

Guiado por su sentido práctico –otro rasgo notable de su personalidad– comprendió enseguida que no bastaba con escribir crónicas impecables de sus expediciones a los confines de un país suspendido en el extremo del hemisferio Sur. Tampoco con ser el nexos habitual, muchas veces desde la portada del

diario, entre los lectores de *La Nación* y las aventuras que vivía en la geografía que más lo sedujo y que mejor comprendió.

Estaba convencido de que, para poder prosperar, un país exige, como condición ineludible, un alto grado de entendimiento entre la reflexión y la acción en sus habitantes, sobre todo entre sus líderes. Y obró en consecuencia. A su manera, fue un entusiasta militante de la conducta que proponía el filósofo Henri Bergson, quien aconsejaba a sus discípulos: “Piensa como un hombre de acción y actúa como un hombre de pensamiento”.

Al releer sus artículos periodísticos y las conferencias que dio en el país y en el exterior, se hace evidente que se había impuesto una misión de largo alcance.

Hay en sus textos una intencionalidad que va más allá del goce de explorar lugares extremos, muchos de los cuales, dicho sea de paso, continúan siendo desconocidos para la mayoría de sus compatriotas. ¿O acaso significan algo para nosotros muchos sitios que exploró, como Koluel Kayke, Piedra Clavada, Cañadón de los Fósiles, Los Altares, Paso del Diablo o Río de las Vueltas?

En su estrategia por entender y comunicar sus conocimientos al gran público, estudió en archivos, museos y bibliotecas y consultó a especialistas de todo el mundo para comprender cuáles habían sido las causas que impedían un mayor desarrollo del Sur. Después, convirtió la Patagonia en un gran teatro de operaciones en el que se internaba toda vez que podía hacer un alto en su intensa actividad al frente de una de las redacciones periodísticas más exigentes de la Argentina.

Sopeña no se preguntó por qué tanta riqueza potencial y tanta belleza evidente no se habían transformado en Canadá, Australia o Nueva Zelanda. Su formación cartesiana lo impulsó a buscar respuestas.

Escribe entonces sobre la necesidad de reconstruir el abandonado sistema ferroviario patagónico y enumera las tremendas

consecuencias económicas, demográficas y sociales que tuvo la desaparición del tren. Muchas de estas reflexiones las incorpora en un libro que titula *La libertad es un tren*, un magnífico ejemplo del género de las crónicas de viaje.

Alerta en sus notas sobre la importancia estratégica de las reservas de agua dulce de los glaciares, lagos y ríos cordilleranos, una de las más grandes del planeta.

Utiliza todos los recursos de los que dispone como periodista, incluyendo encuentros personales con presidentes y ministros para que, de una buena vez, se termine de asfaltar en toda su extensión la ruta 40, la gran columna vertebral del país a lo largo de la Cordillera.

Promueve junto con Parques Nacionales y la Fundación Vida Silvestre, de la cual forma parte, la creación de nuevas áreas protegidas, entre ellas, Monte León, la reserva más nueva de la Argentina.

Presenta ante la opinión pública un proyecto de características revolucionarias y polémicas que fue puesto en marcha en Francia y obsesiona a uno de sus amigos montañistas: la creación de una formidable barrera forestal de cien kilómetros de ancho por dos mil kilómetros de largo, que atraviese la Patagonia desde el Valle de Río Negro hasta el Estrecho de Magallanes y que permita incorporar enormes extensiones de tierra a las áreas cultivables.

Viaja 2400 kilómetros, hasta el sur de Santa Cruz, para rescatar una exitosa y desconocida epopeya agraria del pasado que, imagina, puede inspirar a los productores del presente. Es el caso de la estancia La Julia, una propiedad de 20.000 hectáreas, en la cual un inmigrante italiano, Antonio Menotti Bianchi, logró a comienzos del siglo pasado algo que parecía imposible en una latitud tan extrema: excelentes cosechas de durazno, pera, uva, manzana y trigo. Reconstruye la historia de La Julia, narra cómo fueron emparejadas verdaderas montañas de arena,

cómo se abrieron canales de riego y desagües, cómo se hizo crecer un bosque de quinientas hectáreas entre los médanos para que protegiera los sembrados de la furia del viento y cómo la tenacidad de un puñado de hombres consiguió domar el desierto. Pero su mensaje está siempre en tiempo presente. “Se hizo una vez –escribe– y puede repetirse en diez, cincuenta o cien lugares”.

Sopeña creía que en el periodismo no hay historias pequeñas, en todo caso, hay periodistas que no están a la altura de la noticia que les asignaron. Para él, claridad y precisión, además de una exigencia propia del oficio, son también una forma de cortesía con el lector. Le gusta, como a Stendhal, que hasta el menor detalle de la crónica sea siempre exacto. Como Ryszard Kapuscinski, sabe que cualquier inconsistencia contamina toda la página, le confiere un carácter de vulnerabilidad que termina por ahuyentar al lector.

El comentario viene a cuento de una polémica que tuvo lugar a mediados del año 2000, en Puerto Lobos, un paraje solitario, condenado hoy a la categoría de pueblo fantasma, que está sobre el viejo trazado de la ruta 3, justo en el límite entre Chubut y Santa Cruz. La noticia que llegó a la Redacción era que los pobladores del lugar y algunos funcionarios discutían acerca de a cuál de las provincias pertenecía Puerto Lobos. Como en toda disputa de pago chico abundaban las opiniones y escaseaba la información. Sopeña envió entonces al lugar a un redactor experimentado, un buen notero, como decimos en la jerga, que escribió una crónica divertida, ágil, con mucho color, testimonios balanceados, algunos datos históricos y una atractiva descripción del lugar. El mismo día en que se publicó la nota, Sopeña le preguntó: “Pero, decime, al final, ¿a quién pertenece Puerto Lobos?”. El redactor contestó con toda naturalidad: “Ah bueno, eso nadie lo sabe”. Un mes más tarde, en una de sus frecuentes escapadas al Sur, Sopeña hizo un alto en Puerto Lobos. Se paró frente a las

ruinas del único hotel que había conocido el pueblo y sacó de su mochila varios mapas y un GPS, un instrumento de navegación satelital que informa con precisión extrema la posición de la persona que lo tiene en la mano. Entonces leyó: 42 grados, 00 minutos, 02,9 segundos latitud sur. Es decir, estaba parado 2,9 segundos al sur del paralelo 42, que desde el año 1884 se lo considera la frontera entre las dos provincias. Al día siguiente, *La Nación* publicó, con su firma, un artículo que puso fin al misterio y la polémica. El título decía: “Puerto Lobos está en Chubut, por más que haya reclamos”.

Para un hombre con su capacidad profesional y sus convicciones, la disputa limítrofe con Chile en la zona de los Hielos Continentales fue una oportunidad excepcional. Al ser el único periodista que se atrevió a recorrer a pie esa inhóspita región —y lo hizo en momentos en que las negociaciones parecían no conducir a ninguna parte—, tuvo una perspectiva inmejorable de la geografía que dio lugar al diferendo histórico. Su situación privilegiada la expuso en una de sus crónicas con la siguiente pregunta. “¿Cómo se ve el tan debatido litigio fronterizo con Chile por los hielos continentales cuando uno se encuentra precisamente parado sobre los glaciares en cuestión?”.

Con la asistencia de dos guías profesionales y sin más protección que la que puede ofrecer en el vasto desierto helado una carpa de ochenta centímetros de altura, se lanzó a una aventura que le permitió redactar crónicas extraordinarias. Los lectores de *La Nación* reconocieron fácilmente en ellas la pasión del cronista, del amante de las fronteras remotas y del hombre preocupado y ocupado por disputas limítrofes que durante todo el siglo XX amenazaron con empujar a los dos países a la guerra.

Mientras espera encerrado en la carpa a que la meteorología le dé una oportunidad, anota en su libreta. “Afuera ruge el viento más salvaje que yo haya conocido. Son aludes invisibles que bajan desde el filo montañoso cuyo nombre no puede ser más

adecuado: Paso del Viento. Las trombas de aire helado sacuden los oídos y estremecen el corazón en ráfagas con un cierto ritmo que llegamos a adivinar luego de tres días de repetición incesante. Arrancan allá arriba, se anuncian primero como un trueno distante y sabemos que pocos segundos después pasarán, a 150 o 200 kilómetros por hora, como si el mundo se viniera abajo. Adentro estamos protegidos y en vida latente gracias a un pequeño calentador a gas”.

Sopeña abandona la región de los hielos con la sensación de que ha cumplido sólo una parte de la misión. Con la asistencia de sus mapas, que son copia fiel de los mapas históricos que están en poder de los dos Estados, habla con los presidentes y los cancilleres de la Argentina y de Chile, con legisladores de uno y otro lado de la Cordillera, con geógrafos y expertos en el comportamiento de glaciares y acepta, finalmente, la solución de la línea poligonal, que menciona en sus artículos como “la absurda poligonal”. Al final, convencido de que se trata de un acuerdo basado en el mal menor, escribe: “Nos guste o no lo resuelto, lo que corresponde es acatar la ley y dar por cerrada para siempre la cuestión aunque nos duela profundamente”. En sus prolongadas argumentaciones en ambos lados de la Cordillera, jamás aceptó que un conflicto armado pudiese esgrimirse como una alternativa válida para Chile o la Argentina.

Borges observó en un ensayo sobre Kafka que cada escritor, cada hombre, crea a sus precursores.

Sopeña, como ustedes saben, sentía una profunda admiración por el perito Francisco Pascasio Moreno, cuya inmensa tarea como científico, explorador, naturalista, experto en límites y hombre de Estado le pareció siempre una fuente estimulante y llena de sorpresas para las nuevas generaciones, uno de esos visionarios a los que siempre es aconsejable volver.

Sopeña lo recordó en esta misma sala, el 8 de junio de 2000, en la que fue la primera incorporación pública que hizo esta

Academia. Comenzó su disertación destacando una de las facetas menos conocidas de Moreno, la del periodista que difunde sus extraordinarios descubrimientos en periódicos y revistas científicas del país y de Europa utilizando sus propios textos, diagramas, mapas y fotografías. Después nos ilustró, entusiasmó en verdad, con un relato digno de una película de acción acerca de lo que fue esa vida de leyenda. A los quince años —nos dijo—, Moreno ya había reunido una colección de fósiles y restos óseos lo suficientemente importante como para llamar la atención del presidente Sarmiento. A los veintiuno, fue uno de los fundadores de la Sociedad Científica Argentina. Por entonces ya se había ganado la confianza y se carteaba con el célebre científico francés Paul Brocca, el descubridor de las diferencias entre los hemisferios cerebrales. Dos años más tarde regresaría de su primera gran exploración de la Patagonia cargado con restos geológicos, paleontológicos y arqueológicos, incluyendo una valiosa momia que aún se conserva en el Museo de La Plata. Tal vez uno de los méritos mayores de Moreno, nos dice, fue haber sido el astuto y perseverante negociador que consiguió, por la solidez de sus argumentos, que el arbitraje de la Corona británica le diera la razón en 1902 en la larga disputa que nuestro país mantenía con Chile por los límites fronterizos.

Sopeña recordó, además, que Moreno había sido capturado por primera vez por los hombres de Shaihueque, el cacique del País de las Manzanas, y que escapó en una acción tan heroica como desesperada cuando pretendían canjearlo por prisioneros indígenas capturados por el Ejército argentino al mando del general Conrado Villegas, un militar tan osado en el entrevero del combate que hasta los aborígenes lo apodaban respetuosamente “El Toro”.

Moreno fue el primer hombre blanco que llegó hasta el lago Nahuel Huapi, el primero que remontó el río Santa Cruz desde su desembocadura en el Atlántico hasta la Cordillera y el que descubrió y bautizó, entre otros lagos, el San Martín y el Argen-

tino. En una oportunidad salvó su vida de milagro junto a un río al ser atacado por la espalda por un puma hembra que confundió su abrigo de piel de guanaco con un guanaco verdadero. A raíz del incidente, bautizó el río con el nombre de La Leona, y con el correr del tiempo todo el paraje fue conocido, como hasta hoy, como Paso la Leona.

Moreno escapó por segunda vez de los indios en febrero de 1880. Para evitar que lo siguieran, borró las huellas atando su poncho a la cola del caballo. Galopó a marcha forzada durante días, primero hasta Carmen de Patagones, luego hasta Bahía Blanca, después hasta Tandil, donde dio aviso sobre la inminencia de un malón numeroso. Las autoridades no le hacen caso, llegan a la conclusión de que sus dichos no son otra cosa que la creación afiebrada de un hombre que ha estado cara a cara con la muerte. Moreno sigue viaje hasta Las Flores, adonde llegaba la punta de rieles. Esa misma semana, Tandil quedó semidestruida por un malón descomunal que provocó centenares de víctimas y robó cientos de miles de cabezas de ganado.

La historia, la verdadera historia, teje a veces simetrías asombrosas. Las teje en el espacio y en el tiempo y, en algunas circunstancias, de un modo extrañamente familiar.

A mediados de 1899, el perito Moreno fue invitado a exhibir las fotografías de sus expediciones en la región austral y a dar dos conferencias sobre sus notables descubrimientos en la sede de la Royal Geographical Society, en Londres. Fue, sin duda, su coronación internacional como gran especialista en la Patagonia. El encargado de presentarlo en aquella ocasión fue el mayor George Darwin, hijo del gran naturalista inglés, quien le entregó al finalizar el encuentro la medalla de oro de la organización, una de las más apreciadas en el mundo de los grandes exploradores.

Un siglo más tarde, el 4 de abril de 2001, el invitado a disertar en la Royal Geographical Society fue Germán Sopena. Expuso numerosas fotografías que tenían un valor muy especial,

como es el de haber sido tomadas en los mismos lugares y desde las mismas perspectivas que había elegido Moreno en sus viajes. Sopeña dictó una verdadera clase de geografía comparada sentado en el sillón que había ocupado antes Moreno. Esta vez, entre las setecientas personas que colmaban el auditorio estaba Camilla Darwin, experta en finanzas, tataranieta de Charles Darwin, el autor de *El origen de las especies*, y bisnieta de George Darwin, el hombre que había tenido la misión de presentar a Francisco Moreno.

Sopeña murió veinticuatro días después de disertar en Londres al estrellarse el avión que lo llevaba rumbo al Sur junto a un grupo de amigos, entusiastas todos de la Patagonia. Fue en la madrugada de un sábado. Al día siguiente debían rendir un homenaje y colocar una placa en Punta Bandera, en la orilla norte del lago Argentino, el sitio exacto donde Francisco Moreno izó por primera vez la Bandera argentina como símbolo de soberanía. Jamás sabremos si la fascinación por la Patagonia volverá alguna vez a hermanar a otras dos personas en el éxito y en la desdicha como lo hizo con Moreno y Sopeña.

Quiero terminar, si me permiten, con un breve comentario de orden más bien personal. Me refiero al significado último que tal vez tenga este encuentro que hoy celebramos al amparo de la Academia Nacional de Periodismo, de sus autoridades y de las diferentes generaciones que ha conseguido reunir en su corta existencia.

Resulta halagador imaginar –y no necesariamente incorrecto– que este acto es la prolongación de un diálogo que iniciaron hace mucho tiempo otros hombres y otras mujeres que compartían una cultura, un lenguaje, un territorio, tal vez una patria, y adherían a los mismos ideales y valores, aunque seguramente con diferente fervor. Este encuentro ya ha ocurrido en la anti-

güedad junto al fuego, en una plaza de aldea, o quizás en otra academia. Somos los continuadores de uno de los ritos más arraigados de la especie. Hacemos un alto para dar testimonio de quienes nos precedieron en el oficio que hemos elegido. En momentos de duda, las tribus del desierto vuelven su mirada hacia los mayores y hacia las tradiciones orales en busca de argumentos que les sirvan de inspiración para el desafío de mañana. Nosotros estamos aquí reafirmando nuestra orgullosa pertenencia a una profesión que, si aceptamos como cierto lo que sugiere un viejo y respetado director de diarios de México, Jorge Villegas, es “tan buena y tan antigua que fue iniciada por un grupo de periodistas llamados Mateo, Marcos, Lucas y Juan”.

Nos guía la historia, es cierto, pero también la necesidad.

Es el puro instinto evolutivo el que nos empuja a aprender de nuestros antecesores y a divulgar su obra entre quienes continuarán la tarea.

Al evocar a Sopeña no hacemos otra cosa que recordar dónde está el Norte. Muchas gracias.

HABLA EL HOMBRE DE HIROSHIMA

Es el héroe más discutido de la Segunda Guerra, el que más dudas despierta en la conciencia pública de los norteamericanos. Hace 43 años, este hombre dejó caer la primera bomba atómica de la historia y borró Hiroshima del mapa en treinta segundos. Este es su relato del día “D”, de los secretos de la misión; del desafío moral que significó –y todavía significa– aquella bomba y de por qué “volvería a tirarla”.

La noche antes de lanzar la bomba sobre Hiroshima, el entonces coronel Paul Tibbets ordeno que pintaran el nombre de su madre sobre la trompa del avión. “Enola Gay”, escribieron los mecánicos con grandes letras negras de imprenta. Como el enorme B 29 era de color acero, las dos palabras oscuras contrastaban con la claridad del metal y podían leerse fácilmente desde una distancia considerable. Ese extraño bautismo, improvisado en una diminuta isla del Pacífico horas antes del primer bombardeo atómico de la historia, despertaría con el tiempo la curiosidad morbosa de legiones de periodistas y escritores, quienes trataron de encontrar una explicación razonable para ese rito que, en definitiva, identificó para siempre a una madre del medio oeste norteamericano con aquella hecatombe nuclear. Al finalizar la guerra, el mismo Tibbets alentó ciertas hipótesis desconcertantes al explicar que el bautismo había sido “un homenaje” y que no le incomodaba que el nombre “Enola Gay” quedara asociado a la explosión.

“Son dos palabras fáciles de recordar –precisó en uno de los pocos reportajes que ha concedido en su vida– y cuando mi avión sea exhibido en un museo nadie lo va a confundir con otro”. Pero el B 29 jamás fue admitido en el Museo Nacional

del Espacio de Washington, donde conviven, entre otros, el Spirit of Saint Louis de Lindbergh, el módulo lunar Eagle de Neil Armstrong y medio centenar de aviones de combate de las dos guerras mundiales. La presencia del Enola Gay sería, todavía hoy, demasiado provocativa para muchos visitantes, sobre todo para las oleadas de turistas japoneses que se pasean entre los viejos aviones con sus Nikon colgadas al cuello. Lo que hicieron las autoridades del museo fue relegarlo a un anonimato piadoso pero vergonzante: argumentaron que era “demasiado grande” para ser exhibido y lo arrumbaron en un hangar anónimo de la Fuerza Aérea en el Estado de Maryland.

Allí está desde hace treinta años, desarmado, cubierto de polvo, junto a la coraza de acero de la tercera bomba atómica que se fabricó pensando en Japón, pero que nunca fue arrojada. Tibbets tuvo mejor suerte que su avión. Pero a diferencia del B 29 nunca pudo refugiarse en la paz que trae el olvido. Tampoco sabe, 43 años después de finalizada la guerra, cómo lo recordará la historia. Ni siquiera cómo lo recordarán los norteamericanos de las próximas generaciones. En el momento en que lo nombraron comandante del supersecreto Grupo 509 de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos –cuyo objetivo era arrojar la primera bomba atómica–, ya era un piloto famoso y tocado por la gloria. Había realizado cuarenta misiones sobre la Alemania nazi y siempre había logrado traer de regreso a casa sus bombarderos ametrallados por el enemigo. Hiroshima lo convirtió, de la noche a la mañana, en un héroe nacional. Era el piloto temerario que con una sola misión sobre territorio japonés y una bomba con un poder explosivo equivalente a 20.000 toneladas de TNT había acelerado el fin de la lucha en el Pacífico y salvado de una muerte segura a cientos de miles de marines.

Dos días después de Hiroshima se ofreció como voluntario para Nagasaki, pero sus superiores no lo dejaron ir: hombre demasiado valioso como para arriesgarlo en un segundo vuelo. Fue entonces cuando el público conoció los primeros informes de lo

que había sido Hiroshima. El Enola Gay dejó caer la bomba a las ocho y cuarto de la mañana del 6 de agosto de 1945. La explosión ocurrió en el aire, a unos 570 metros sobre el hospital Shima, ubicado en el centro de la ciudad. En los primeros segundos murieron 100.000 personas y otras 100.000 quedaron heridas, muchas de ellas de gravedad. La temperatura en el lugar del impacto alcanzó los 50 millones de grados centígrados; a dos kilómetros de distancia el calor era de 1800 grados. La onda expansiva, con una fuerza de un kilo por centímetro cuadrado, derribó 60.000 edificios de un soplo y convirtió el centro de la ciudad en un descomunal baldío radiactivo. Los sobrevivientes dijeron, simplemente, que aquella mañana “el cielo se derrumbó sobre ella y luego volvió a levantarse”. Pocas veces alguien dio una definición tan breve y a la vez tan fiel del infierno. Cuando las cifras de Hiroshima llegaron a los diarios de todo el mundo, los científicos del Proyecto Manhattan, es decir, los padres de la nueva arma, comprendieron que ésta también había estallado sobre la conciencia de los norteamericanos.

Poco después Tibbets fue convertido en uno de los blancos predilectos de los movimiento antinucleares y pacifistas. En cada aniversario de la bomba le llovían cartas de condena escritas por el ciudadano común, granjeros de Iowa, médicos de Los Angeles, jubilados de Oklahoma. Muchas otras llegaban desde el exterior. En 1965 la Fuerza Aérea lo envió de gira al extranjero, pero al llegar a la India tuvo que suspender el viaje debido a las violentas manifestaciones que provocaba a su paso. Once años más tarde, el gobierno de los Estados Unidos tuvo que pedir oficialmente disculpas al Japón al enterarse de que Tibbets, piloteando un B 29 restaurado, había recreado el bombardeo de Hiroshima durante un festival aéreo celebrado en Texas.

Para entonces, el rumor sobre su presunta locura y su alcoholismo crónico había dado la vuelta al mundo con la fuerza de una verdad bíblica. La fantasía de la gente agregaba otras calamidades a su biografía, por ejemplo, que había sido abandonado

por su familia y estaba recluido en un hospicio. Esta convicción colectiva tiene poco que ver con la realidad. Tibbets vive con su familia en la ciudad de Columbus, Estado de Ohio, se jubiló hace un año como presidente de la Executive Aviation (una empresa que alquila *jets* privados) y está trabajando en un segundo libro de memorias. El único trastorno físico que confiesa es que cada día oye menos. Pese a que no le agradan los reportes y le molesta que lo confronten con la imagen que millones de personas se han hecho de él, aceptó hace unos días una larga conversación telefónica con *La Nación*.

—La primera pregunta puede resultarle impertinente, pero, tratándose del piloto de Hiroshima, conviene dejar algo en claro antes de avanzar con el reportaje. ¿Estuvo alguna vez internado o recibió tratamiento psiquiátrico después de la guerra?

—Es la pregunta que me persigue desde hace cuarenta años, pero le agradezco que la haya hecho. La respuesta es bien simple. Nunca estuve internado y nunca me vio un psiquiatra.

—Sin embargo, a usted le consta, la historia de su presunta locura está vigente en muchos países.

—Lo sé, lo sé. Es el resultado de una campaña muy bien orquestada por los comunistas, y su objetivo no es poner en tela de juicio mis facultades mentales o mi integridad moral, sino desacreditar a los Estados Unidos por haber utilizado la bomba. Después de tantos años yo debería responder a su pregunta con una carcajada, pero entiendo que puede ser útil para que los lectores de la Argentina sepan la verdad de una buena vez.

—Sin entrar a discutir esa campaña de desprestigio que usted menciona, hay algunos hechos objetivos que podrían explicar el orden del rumor. Por ejemplo, que uno de los tripulantes del avión meteorológico de la misión a Hiroshima haya sido detenido cuando intentaba asaltar un banco de Texas con un revólver de juguete.

—El hombre que usted menciona se llamaba Claude Eatherly y era el piloto del *Straigh Flush*, uno de los dos aviones meteo-

rológicos. A fines de los años cincuenta, la policía lo encontró borracho en un bar y lo detuvo. Eatherly se defendió diciendo que nadie podía llevar preso al héroe de Hiroshima. Un periodista que estaba en el lugar escuchó parte del diálogo y lo publicó. Poco después, la revista *Newsweek* lo reprodujo sin documentar los hechos, y otro tanto hicieron las agencias internacionales de noticias. Cuando Eatherly salió de la cárcel, su inestabilidad mental se agudizó y continuó comportándose en público como si realmente fuera el piloto de Hiroshima. Incluso convenció a un escritor para hacer un libro. El pobre murió de cáncer después de pasar por varios hospitales psiquiátricos. Ahora bien, aquí es muy importante separar los dos temas para que se entienda qué sucedió realmente. Quiero decir que los comunistas utilizaron este incidente real pero totalmente ajeno a mí para montar una campaña de desinformación de gran alcance y con un propósito muy claro: demostrar que solamente un grupo de locos y criminales podía haber arrojado la bomba atómica.

—Esto no explica por qué su nombre sigue despertando polémicas dentro de los Estados Unidos. ¿No cree que después de tantos años Hiroshima sigue siendo un tema difícil para la conciencia pública de los norteamericanos?

—En primer lugar, quiero aclararle que la posición oficial del gobierno sobre mi conducta no ha cambiado. Estoy considerado como un piloto que cumplió órdenes y las cumplió con eficiencia. Pero evidentemente estamos ante un tema muy emocional, un hecho histórico ante el cual no se puede permanecer indiferente. Muchos grupos que se oponen a las armas atómicas, a la guerra, a la violencia, incluso al uso pacífico del átomo, critican mi papel en la guerra. Pero no lo siento como un ataque personal sino como una utilización ideológica de mi persona, por decirlo de alguna manera. Me han convertido en una figura pública muy a pesar mío, pero esto es algo que no puedo controlar, algo que está fuera de mis atribuciones. No hay que olvidar tampoco que la percepción que millones de personas tienen de un aconte-

cimiento como el de Hiroshima cambia con los años. En la década del sesenta hubo una moda en este país que consistió en poner en duda todo lo que tuviese que ver con la energía nuclear.

—En realidad, las primeras dudas sobre la bomba, no sobre el uso pacífico de la energía nuclear, la tuvieron los científicos del Proyecto Manhattan el mismo día en que realizaron la explosión inicial en el desierto de Nuevo México, varias semanas antes de Hiroshima. ¿Cuál fue realmente la actitud de Oppenheimer, Einstein, Szilard y los demás “padres de la bomba” cuando se enteraron de que ya había un blanco elegido en Japón?

—Antes de responder, quiero destacar un hecho que la gente olvida a menudo pese a que es muy importante. Me refiero a que todos, absolutamente todos los científicos involucrados en el plan, eran extranjeros. La mayoría había llegado a nuestro país escapando de la amenaza nazi, y su visión de la física y del mundo que los rodeaba era puramente científica. Para ellos el Proyecto Manhattan era nada más ni nada menos que el gran camino para explorar las posibilidades que se abrían a partir de la división del átomo. No estaban habituados a las especulaciones políticas. Mucho menos a los análisis de estrategia militar. Esta gran paradoja, a mi entender, explica por qué cuando finalmente desarrollan la bomba empiezan a dudar sobre el impacto histórico y moral que tendrá esa descomunal fuerza destructora. Finalmente llegaron a la conclusión de que no era conveniente arrojarla y se lo dijeron al presidente Truman.

—¿Cómo se tomó entonces la decisión final sobre Hiroshima?

—Fue el día 1º de junio. Hasta donde yo fui informado, Truman se arrogó la responsabilidad final después de escuchar a todos sus asesores. Como comprenderá, no fue una decisión fácil. No sólo los científicos se oponían, sino también algunos miembros del gabinete, incluyendo al almirante King, que era jefe del Comité de Guerra. Pero el general George Marshall

había preparado un informe a favor del ataque con argumentos muy sólidos; le había advertido al presidente que invadir Japón a punta de bayoneta iba a costar alrededor de un millón de muertos más, entre norteamericanos y japoneses, sin contar a los civiles. Un dato muy interesante sobre el ataque a Hiroshima (y durante años uno de los secretos de Estado mejor guardados de la Segunda Guerra) es que el presidente consultó a Winston Churchill sobre el tema en la reunión de Yalta. Churchill estuvo de acuerdo en que la bomba aceleraría el final de la guerra en el Pacífico.

—¿Stalin también fue consultado?

—No. Truman y Churchill discutieron el asunto a sus espaldas. Pero nuestra sospecha es que los servicios de inteligencia soviéticos estaban enterados de que habíamos desarrollado una nueva arma, aunque no sabían específicamente en qué consistía ni cuál era su poder destructivo.

—Hábleme del 6 de agosto de 1945.

—La mayoría de la gente sigue creyendo que la parte más difícil era dejar caer la bomba en el lugar y el momento precisos o escapar de los cazas enemigos después del ataque. En realidad, el gran desafío era armar la bomba en el aire. En ese momento teníamos en la base aérea de Tinian —desde donde salió la misión— unos 600 bombarderos y unos 80.000 hombres entre pilotos, soldados y mecánicos. Los científicos sabían que si intentábamos decolar con la bomba lista y algo le pasaba al avión, sencillamente haríamos desaparecer toda la isla. Entonces, desarrollé una estrategia para armar la bomba a unos 15.000 pies de altura (descubrí que era donde el avión se sacudía menos) y a unos 100 kilómetros de Tinian. Fue en esos días cuando hice una de las preguntas más estúpidas de mi vida. ¿Qué ocurre si agarramos un pozo de aire mientras ustedes están trabajando con la bomba? Le pregunté a uno de los científicos. “Nunca nos daremos cuenta”, respondió. El nombre en código

del artefacto era *gimmick* (engaño, en inglés) y todos los cálculos de vuelo estaban escritos en papel de arroz, de modo que si la misión abortaba, cada uno podía tragarse sus anotaciones antes de caer en manos de los japoneses. A las 8 y 12 minutos de aquel día, Tomas Ferebes, el artillero, me comunicó que tenía la ciudad en su objetivo. Tres minutos después, cuando el edificio del hospital Sbima estuvo en el centro de la mira, dejé caer a *gimmick*.

—¿Qué sintió exactamente al ver el hongo elevándose sobre Hiroshima?

—La bomba demoró 54 segundos en caer y fueron los segundos más largos de la historia. Entonces vi el resplandor. Y cuando la luz llegó al avión sentí un gusto a amalgama en la boca (años después un físico me explicó que la energía atómica liberada había actuado sobre la mezcla de plomo y de plata con que el dentista había arreglado una de mis muelas). Desde entonces tengo la extraña sensación de que la bomba atómica tiene gusto a amalgama. Diez segundos después del estallido nos alcanzó la primera onda expansiva. Enseguida nos golpeó la segunda y el avión se estremeció como si lo hubiese alcanzado el fuego antiaéreo. Yo seguí girando hacia la izquierda hasta completar un círculo sobre Hiroshima. El hongo atómico seguía creciendo, y a los dos minutos llegaba hasta los 30.000 metros de altura. Era una imagen terriblemente conmovedora. Cuando finalmente enderecé el avión y miré por primera vez hacia abajo, me di cuenta de que sólo quedaban algunos edificios en ruina en los barrios alejados: la ciudad entera había desaparecido. Yo había escuchado varias descripciones posibles sobre cómo sería la explosión, pero aquello era absolutamente increíble y desolador. Ahora que han pasado tantos años pienso que aquella fue una decisión correcta, y en iguales circunstancias yo volvería a arrojar la bomba.

—Usted ha hecho un relato técnico del 6 de agosto, sin revelar para nada cuáles eran sus sentimientos, como si hubiese

visto todo en una película en lugar de ser uno de los protagonistas. ¿No le resulta extraño?

—Imagino adónde quiere llegar, pero yo no puedo sentirme culpable por ser un hombre frío, técnico diría, obsesionado por la perfección. Mi relato es el de un piloto profesional que arrojó una bomba, y eso es exactamente lo que yo era en 1945. Un sentimental jamás habría pilotado aquel avión. Creo que una de las cosas que más le molestaron a mucha gente durante años es que nunca me haya arrepentido. Pero nunca perdí una noche de sueño por aquella bomba.

—¿Para usted la victoria justifica los métodos?

—Absolutamente.

—Y desde el punto de vista personal, ¿el hecho de cumplir órdenes hace innecesaria cualquier disquisición de tipo moral?

—Exacto. Las órdenes no se discuten, se cumplen. Yo acepté la misión de Hiroshima porque mis superiores me lo ordenaron. Pero no fue algo que hice en contra de mis convicciones. Estuve, estoy y estaré siempre de acuerdo en que en aquel contexto histórico fue una decisión acertada.

—Señor Tibbets, aunque a usted le gusta definirse como un simple soldado, es obvio que debido a su posición tuvo acceso a una formidable cantidad de información reservada sobre temas militares y políticos. Y pese a que todos los documentos secretos que se dieron a conocer al cumplirse los treinta años de Hiroshima, usted y un reducido grupo de personas que todavía viven conocen aspectos jamás divulgados del primer bombardeo atómico. ¿Le molesta tocar alguno de esos temas? Algunos historiadores sugieren que, aunque la primera bomba hubiese estado lista unos meses antes, Truman nunca hubiera aprobado un ataque nuclear sobre Berlín. Es lo que llaman el factor étnico de Hiroshima.

—Esto es incorrecto. En septiembre de 1944, cuando me ordenaron formar el grupo especial de la Fuerza Aérea para

ejecutar la misión, las instrucciones secretas mencionaban la posibilidad de una acción dividida, es decir, poder operar sobre blancos diferentes todavía no identificados. Siempre entendí que nos referíamos a algún lugar del frente del Pacífico y otro ubicado en Alemania. Si la guerra en Europa continuaba, habríamos dejado caer la bomba en Alemania. No tengo ninguna duda al respecto. No olvide que durante los últimos años de lucha en el frente europeo enviamos cientos de bombarderos B 17 y lanzamos miles de toneladas de bombas sobre blancos alemanes. En esas circunstancias no veo por qué no íbamos a utilizar contra ellos una bomba atómica tan pronto estuviese disponible.

—Otra especulación de los historiadores es que la segunda bomba, la de Nagasaki, fue arrojada pensando más en la Unión Soviética, el próximo enemigo inevitable de los Estados Unidos, que en los japoneses.

—Imagino que alguien llegó a esa teoría después de analizar los hechos históricos desde una perspectiva incorrecta. Nuestros informes de inteligencia describían el tremendo impacto que había provocado en el ánimo del enemigo la explosión de Hiroshima, pero, al mismo tiempo, nos indicaban que el Alto Mando Imperial seguía controlando al emperador Hirohito y no había dado ninguna señal de rendición, la guerra podía continuar durante semanas o meses. En ese marco de referencia se ordenó bombardear Nagasaki. Me parece descabellado hablar de una advertencia a los soviéticos porque en ese momento ellos todavía no eran, de ninguna manera, una prioridad para la estrategia internacional de los Estados Unidos.

—Entre los hechos que usted puede confirmar o desmentir está el llamado plan alternativo que los científicos le habrían presentado a Truman días antes de Hiroshima. ¿Es verdad que le propusieron lanzar la primera bomba en una isla desierta del Pacífico ante testigos del Alto Mando Japonés a modo de advertencia final para que se rindieran?

—Sí, eso fue lo que intentaron. Desde el punto de vista militar, era un proyecto demasiado riesgoso por muchos motivos. ¿Y si la bomba no estallaba? ¿Y si la bomba estallaba en nuestro avión y no en el blanco? ¿Por qué eliminar el factor sorpresa? ¿Es posible convencer a un grupo de generales japoneses para que se traslade a una isla perdida en el Pacífico, en medio de la guerra, para que observen cómo el enemigo prueba su arma secreta? Eran sencillamente demasiadas preguntas sin respuesta. Pero quiero ser honesto en el juicio que hago hoy de este plan: fue una propuesta basada en un espíritu humanista, en la intención de salvar vidas inocentes, pero resultaba militarmente impracticable. Y en una guerra las alternativas militares tienen prioridad sobre las demás.

—La actitud suya que más polémica despertó entre los japoneses y muchos de sus compatriotas es que con el correr de los años jamás se arrepintió de nada, ni siquiera por un segundo. ¿Hoy sigue pensando lo mismo?

—Naturalmente. Sigo convencido, como lo estuve siempre, de que la decisión de arrojar la bomba fue la correcta. No tengo remordimientos de ningún tipo. Entre otros motivos, porque yo no tuve la alternativa de analizar la misión a Hiroshima como algo abstracto, como algo que puede ser bueno o malo para la humanidad entendida también ésta como algo abstracto. Usted que es argentino tiene esa posibilidad, pero yo no, porque era mi país el que estaba combatiendo. Los informes de Inteligencia en las semanas previas al 6 de agosto estimaban que la explosión iba a causar la décima parte de las víctimas que provocaría la continuidad de la lucha por medios convencionales. Esta es la línea argumental sobre la que baso mi no arrepentimiento. Por supuesto que en los Estados Unidos hay gente que sigue pensando que la bomba fue innecesaria, una alevosía cometida a sangre fría. Pero son una minoría y nuevamente estamos frente al factor emocional. Soy el primero en reconocer que la guerra y la moral no tienen nada en común. Las guerras son básicamente

inmorales. Sin embargo, comparto totalmente las enseñanzas de Clausewitz cuando declara que un soldado debe recurrir a todos los medios que tiene a su alcance, a todos, para ganar la guerra. En circunstancias excepcionales, como lo era la lucha en el Pacífico, un país tiene que moverse guiado por consideraciones de practicidad y no exclusivamente por principios morales.

—¿Qué reflexión le merece esta suerte de ironía de la historia que muestra, cuatro décadas después, un Japón transformado en una primera potencia industrial, con una de las monedas más fuertes del mundo, invadiendo con sus productos los mercados tradicionales de los Estados Unidos y comprando corporaciones norteamericanas a una velocidad desconcertante?

—Bueno, en los últimos años tuve la oportunidad de tratar a varios empresarios japoneses que trabajan en Columbus, y puedo decirle que son muy distintos de los que tuve que enfrentar en el 45. Ellos también están de acuerdo en esa diferencia. Han logrado avances asombrosos en el campo tecnológico, en el de la cultura, y son extremadamente hábiles para hacer negocios. Es decir que estamos hablando de dos sociedades difícilmente comparables. Los japoneses de la Segunda Guerra querían dar sus vidas por el emperador. Los de ahora dan la vida por el yen.

RESPUESTAS DE UN HOMBRE QUE CONQUISTÓ LA LUNA

Fue la hazaña del siglo y el comienzo de la aventura más espectacular emprendida por la especie humana en toda su historia. “Un pequeño paso para el hombre, un gran salto para la humanidad”, dijo Neil Armstrong mientras pisaba por primera vez la superficie polvorienta de la Luna, y acá abajo, en la Tierra, 1200 millones de personas lo veían en vivo y en directo desde sus hogares. Han pasado casi dos décadas desde aquel 20 de julio de 1969 y hoy sabemos que, en verdad, fue un gran salto para la humanidad.

Michael Collins, uno de los tres tripulantes de la Apolo XI, aceptó una larga entrevista exclusiva con *La Nación* para hablar de la llegada a la Luna, la conquista de Marte y el fascinante oficio de los astronautas. El reportaje se publica en la edición número 1000 de la revista de *La Nación*. Una feliz coincidencia para festejar dos aniversarios.

Adrenalina. Esta es la palabra clave, según Michael Collins. “Si usted se las arregla para controlar su adrenalina, aun en los momentos más dramáticos, entonces tiene buenas posibilidades de éxito en el oficio de astronauta. También hace falta suerte, pero sobre eso conviene no hablar, porque es algo que se tiene o que no se tiene, y uno no puede entrenarse para ser un tipo más afortunado”. Collins aprendió a manejar su adrenalina derribando cazas enemigos en la guerra de Corea y, a principios de los años sesenta, como piloto de pruebas del X-15, el avión experimental más veloz de su época. En 1963 fue aceptado por la NASA como candidato a astronauta, y entre sus nuevos compañeros reconoció a otros dos veteranos de Corea. Uno se llamaba

Edwin Aldrin y tenía, como él, grado de coronel de la Fuerza Aérea; el otro era un piloto que venía de la Marina, de aspecto solitario y muy pocas palabras, del cual recordaba sólo su primer nombre, Neil, pero no su apellido. Era Neil Armstrong.

Aquellos primeros años en la NASA fueron tremendamente difíciles y a la vez fascinantes para los treinta candidatos. Difíciles, por el entrenamiento despiadado, las exigencias académicas y las pruebas físicas a que eran sometidos en lugares como el Valle de la Muerte, el Caribe, las cámaras antigravitacionales de Cabo Kennedy y los *accidentes provocados* en los simuladores de vuelo del Centro Espacial de Houston. Fascinantes, porque aun antes del bautismo espacial comprendían que el mundo que los esperaba allá arriba era mucho más imprevisible y misterioso que el que había imaginado Ray Bradbury.

Un astronauta que gira alrededor de la Tierra, aprendió el entonces coronel Collins, ve salir el sol 16 veces en un mismo día y ponerse otras tantas. Arriba de la atmósfera terrestre no hay un solo arco iris igual a otro, los colores son ocho en lugar de siete y van cambiando de intensidad a medida que la nave avanza en su órbita. La velocidad de aproximación de una cápsula tripulada que regresa a la Tierra es de 39.800 kilómetros por hora (a esa velocidad, hipotéticamente, se puede ir de Buenos Aires a Mar del Plata en apenas 36 segundos). Un astronauta, le enseñaron, duerme siempre con los brazos cruzados para que éstos no floten por encima de su cuerpo y no choquen contra el panel de instrumentos. El oído es el sentido menos confiable en el espacio porque nunca se adapta totalmente a la falta de gravedad y, además, porque fuera de la atmósfera el silencio es total. La mochila de un astronauta, supo entonces, pesa 227 kilos en el momento del lanzamiento, pero solamente 44 cuando está en la superficie lunar.

“En ese mundo nuevo –recuerda ahora Collins– los números eran más contundentes que los adjetivos o que un relato de mil palabras. Cuando uno abandona el planeta, términos como

lejano, noche, almuerzo y hogar empiezan a tener un significado bastante reiterativo”. El 20 de julio de 1966 Collins temió, por un segundo, que su truco para frenar la adrenalina hubiera fallado. Sólo que esta vez eran torrentes de adrenalina. Junto con su compañero John Young fue lanzado a bordo de la Géminis X. Era su primer viaje al espacio exterior y la primera vez que el cohete más poderoso creado por el hombre –tres millones de kilos de empuje– rugía a sus espaldas y lo catapultaba hacia el cielo en medio de un volcán ensordecedor. “Mi pulso sencillamente había enloquecido –cuenta– y comprendí que los entrenamientos jamás anticipan todo lo que uno siente el día de la verdad”. Cuarenta y ocho horas después de estar en órbita, Collins se convirtió en el tercer astronauta de la historia en caminar en el espacio. Durante veinte minutos sacó fotos de la Tierra, de su compañero que lo saludaba desde la ventanilla de la Géminis y retiró una placa receptora de meteoritos del satélite artificial Agena, mientras los dos sobrevolaban el océano Indico a una velocidad de 28.000 kilómetros por hora. Pero la historia de la conquista espacial no lo recuerda por aquella aventura sino por otra mucho más espectacular: la llegada del primer hombre a la Luna el 20 de julio de 1969 a bordo de la Apolo XI. Mientras sus antiguos camaradas de Corea, Neil Armstrong y Edwin Aldrin, bajaban en el Mar de la Tranquilidad y eran vistos en directo por 1200 millones de espectadores en la Tierra, Collins giraba alrededor de la Luna en la nave *Columbia*. “Cuando Neil pronunció sus famosas palabras, ‘un pequeño paso para el hombre y un gran salto para la humanidad’, yo fui el único que no pudo escucharlo –recuerda–, en ese momento estaba recorriendo la órbita por el lado oscuro de la Luna y mi radio no podía recibirlos ni a ellos ni a la Tierra. Creo que desde los tiempos de Adán nadie se había quedado tan solo”.

Collins se retiró de la NASA en 1970 y ese mismo año fue nombrado subsecretario de Estado Adjunto para Asuntos Públicos por el entonces presidente Richard Nixon. Entre 1971 y

1978 dirigió el Museo del Espacio de Washington, donde conviven, a muy pocos metros de distancia, la nave Columbia con el avión de Lindbergh. Collins vive en las afueras de Washington con su esposa, Patricia, y sus hijos Kathleen, Ann Stewart y Michael Lawton. Actualmente asesora a empresas de investigación aeronáutica y acaba de publicar su cuarto libro sobre la historia de la exploración espacial. Collins es uno de los hombres más condecorados del siglo XX. Ha recibido más de doscientas medallas –incluyendo la Medalla al Mérito, la más alta distinción de su país– y distinciones de cincuenta presidentes y primeros ministros. La semana pasada, Collins interrumpió su veraneo en las playas de Carolina del Norte para conversar informalmente con *La Nación* sobre su experiencia en el espacio y los planes para la conquista de Marte. Historias secretas.

–Me gustaría empezar la charla preguntándole acerca del dato más llamativo que he podido averiguar sobre usted, me refiero al hecho de que sufre de claustrofobia. ¿Cómo se puede ir a la Luna en una nave que no es mucho más grande que un placard siendo claustrofóbico?

–Sufro de claustrofobia en una sola circunstancia y es cuando estoy metido en un traje espacial. Lo que me molesta en realidad es el calor, sentirme sofocado. Pero pude arreglármelas bastante bien en todos los vuelos haciendo funcionar al máximo la malla refrigerante que usamos debajo del traje. Es una malla construida con infinitos tubos muy delgados a través de los cuales circula agua a diferentes temperaturas. Además, cada vez que me sentía sofocado trataba de pensar intensamente en alguna otra cosa. Es un truco que funciona bastante bien.

Otro dato sorprendente y que fue mantenido en secreto durante bastante tiempo por la NASA es que Aldrin sufría depresiones antes de ser enviado al espacio. La primera noticia sobre su estado se publicó, creo, dos años después de la misión, cuando lo internaron en una clínica de Los Angeles.

—No puedo especular acerca de cuánto sabía o cuánto ocultó la gente de la NASA sobre ese episodio, pero le aseguro que Neil y yo nos enteramos de los problemas de Buzz (Aldrin) después del vuelo y no antes.

—En su biografía, Aldrin argumenta que sus problemas emocionales se agudizaron cuando se enteró de que no sería el primero sino el segundo en pisar la Luna. Sugiere además que fue desplazado injustamente.

—Vamos por partes. Los problemas de Buzz, según sabemos ahora, existían al margen de cualquier impresión que él pudiera tener sobre a quién correspondía descender del módulo en primer lugar.

—Sería interesante, de todos modos, señor Collins, que se apartara un momento de la historia oficial que contó la NASA e hiciera un relato de primera mano contando quién y con que argumentos decidió que sería Neil Armstrong el primero, el que se quedaría con el mayor pedazo de gloria.

—Hasta dos meses antes del lanzamiento no se sabía cuál de los dos tripulantes del Aguila bajaría primero, si el de la izquierda o el de la derecha. Había muchas consideraciones de orden técnico que analizar antes de tomar la decisión final. No era sólo una cuestión de ego. El equipo de ingenieros sugirió que el astronauta de la derecha estaba en mejor posición para hacer la última revisión del panel de instrumentos antes del descenso y el que tenía más a mano el mecanismo para abrir la escotilla. En el plan original de vuelo ese lugar lo ocupaba Buzz, y creo que esa circunstancia lo alentó a pensar que su bota sería la primera en dejar una huella allá arriba, pero ésa nunca fue la posición oficial de la NASA. Unas semanas antes de la partida de Apolo XI, el propio Neil nos informó que él descendería primero y 19 minutos después lo seguiría Buzz. Como comandante del vuelo, había tomado la decisión definitiva. Por supuesto que fue un golpe tremendo para Buzz, pero creo que las crisis emocionales que sufrió después del vuelo tenían otro origen. El gran obstáculo es

que no supo readaptarse a una existencia común después de haber vivido una prueba tan extenuante.

—¿Usted nunca tuvo remordimientos por haber llegado hasta allá arriba y no poder bajar?

—Nunca. Siempre me consideré un tipo afortunado, alguien al que le dieron la oportunidad justa en el momento justo. Mucha gente piensa que mis únicas referencias eran Neil y Buzz, y se equivocan. No saben que había treinta astronautas esperando para ocupar mi asiento pero me eligieron a mí, a Mike Collins. La gente se olvida de que había miles de técnicos, ingenieros, médicos, pilotos, controladores de vuelo y mecánicos en el proyecto Apolo XI. Nosotros tres éramos sólo la cara visible de la misión.

—Los héroes.

—No se confunda. Soy un tipo de suerte, no un héroe. Uno se pasa la mitad de la vida creyendo que no está preparado para hacer lo que más le gusta y la otra mitad convencido de que ya es demasiado tarde para intentarlo. Yo estaba preparado y además me llamaron. ¿Cree que además necesito caminar sobre la Luna para sentirme feliz?

—¿Cómo lo definiría a Armstrong?

—Un solitario con una agilidad mental asombrosa para descubrir el origen de un problema y encontrarle la solución en el menor tiempo posible. Es la clase de piloto que aterriza su avión cuando le queda combustible en los tanques para veinte segundos de vuelo.

¿Y la Tierra?

—Cuando uno observa la foto de un astronauta flotando en el vacío, con la Tierra a sus espaldas convertida en una esfera azul casi insignificante, se pregunta qué sentirá en ese momento. ¿Es posible describir esa sensación en un lenguaje entendible para todos aquellos que jamás sacamos los pies del planeta?

—Bueno, en primer lugar, uno siempre trata de amortiguar ese *shock* elaborando ciertas defensas de orden psicológico. Por ejemplo, uno devora datos, manuales, estadísticas, relatos de otros astronautas, etc., para tratar de calmarse. Sabe que al acercarse a la órbita lunar estará a unos 386.000 kilómetros de casa. Sabe que el momento del lanzamiento es el más peligroso, el menos controlable, y uno está literalmente atado en la punta del mechero más grande del mundo y encerrado dentro de una cápsula de acero. La presión sobre la espalda y el trasero en esos primeros segundos del despegue es tremenda: los brazos y las piernas pesan el doble, afuera de la escotilla el cielo se vuelve negro y en un momento dado uno se olvida de todo lo que aprendió en los manuales y se pregunta cómo diablos va a seguir respirando allí adentro. Es difícil calmarse en esas circunstancias porque uno puede engañar al cuerpo o a la mente, pero no a los dos al mismo tiempo. Cuando yo daba vueltas alrededor de la Luna, esperando que Neil y Buzz terminaran de hacer sus cosas, tuve una sensación muy extraña. La nave Columbia tenía cinco ventanillas, pero en determinado momento, debido al ángulo de inclinación, me era imposible ver la Tierra a través de ninguna de ellas. De pronto me había quedado sin referencias geográficas o cósmicas porque el ángulo del Sol también me impedía ver las estrellas. Si no estoy parado en la Tierra y la Tierra no flota allá afuera, ¿dónde se metió la Tierra?, me decía. La computadora me daba mi posición exacta en el espacio, pero eso no es suficiente para tranquilizar a un ser humano. Uno quiere ver o sentir en dónde está, es algo que ha hecho siempre desde que tomaba la mamadera. También es conmovedor extender el brazo delante de una de las ventanillas y comprobar que la Tierra no es más grande que la uña del pulgar, una esferita azulada, brillante y hermosa, desde la cual nos llegan voces amigas. No se me ocurre otra palabra más adecuada que fascinación.

—¿Nunca miedo?

—No. En general son los otros los que sospechan que vamos a tener miedo. Los primeros médicos y psicólogos que contrató

la NASA hicieron serias advertencias sobre lo que ellos llamaban “síndrome del buzo”, esto es la tendencia de muchos hombres rana a nadar hacia el fondo del mar hasta que pierden el control y ya no pueden volver a la superficie. El precio de este extraño comportamiento es generalmente la muerte. Los psicólogos pensaban que en otro ámbito infinito, como es el espacio exterior, el hombre correría el mismo peligro: trataría de alejarse más y más de la Tierra hasta cruzar el punto de no retorno. Mi experiencia personal fue exactamente la opuesta. Siempre sentí a la Tierra como un imán. Sentía que estábamos unidos por una especie de hilo invisible.

—Por lo que usted relata me imagino que debe ser muy difícil jubilarse de astronauta.

—Sí, y la historia de Buzz es bastante ilustrativa, aunque no todos reaccionan igual. Uno siente que después de aquello no habrá ninguna otra ocupación tan excitante y cualquier cosa que uno haga será simplemente una forma de entretenimiento. A veces pienso en Pelé y en cómo manejó su retiro del fútbol.

—Volviendo al espacio, ¿por qué cree que la Unión Soviética nunca envió a nadie a la Luna? ¿La consideran un premio consuelo después de tantas visitas de la competencia o es que desde el punto de vista científico o político ya no se justifica un esfuerzo tan grande?

—Dos años antes de la Apolo XI, a mediados de 1967, tuve oportunidad de hablar con un grupo de astronautas soviéticos y me dijeron que ellos también tenían un programa para poner un hombre en la Luna. Sabemos incluso que trabajaban con una tecnología similar a la de la serie Apolo y que el descenso lo harían en un módulo parecido a nuestro Aguila. Después nos enteramos de que durante los entrenamientos el módulo les había estallado no una sino varias veces. Nunca supimos si hubo víctimas o heridos, en esa época todas las pruebas las hacían rodeadas del mayor secreto. Personalmente pienso, y mi opinión es compartida por mucha gente en la NASA, que los soviéticos prefirieron

ron ocultar su serie de accidentes y dijeron luego que la Luna no figuraba entre sus planes estratégicos de exploración del cosmos.

La próxima aventura

—Marte es ahora el nuevo objetivo del hombre en el espacio tanto para los soviéticos como para la NASA. Según la información recogida por las sondas Viking, el suelo marciano contiene minerales como magnesio, hierro y titanio, compuestos de carbono y su atmósfera es más densa que la nuestra y la temperatura más fría y cambiante que la de la Tierra. ¿Qué significan estos datos exactamente y por qué es tan importante Marte?

—Para la Unión Soviética es la próxima gran meta de su programa espacial que, dicho sea de paso, es el más ambicioso de su historia. Pero en los Estados Unidos todavía hay grupos que dudan sobre cuál es el destino que debemos darles a nuestros dólares. Algunos quieren volver a la Luna, otros piensan en grandes estaciones espaciales y muchos quieren apostar todo el presupuesto a Marte. Lo concreto es que la discusión sigue en pie. Yo digo que tenemos que ir a Marte y estoy escribiendo un largo artículo para *National Geographic* explicando por qué.

—¿Le molestaría resumir las ideas básicas de ese artículo?

—Puedo intentarlo. El punto de partida es la aceptación de la hipótesis de que tarde o temprano la especie humana deberá continuar desarrollándose en otro punto de la galaxia además de la Tierra. Los motivos son numerosos y fáciles de imaginar, de modo que los pasaré por alto. Un análisis cuidadoso de las opciones que hoy ofrece el Sistema Solar indica que Marte es el destino más lógico. Por su ubicación en el cosmos y por su composición geológica original lo podemos considerar nuestro planeta hermano. (Nota de la Redacción: Marte es el primer planeta del Sistema Solar más allá de la Tierra, tiene la décima parte de la masa terrestre, es más frío y su diámetro es de sólo 6787 kilómetros). Sabemos que alguna vez tuvo grandes cantidades de agua

como lo demuestran los cauces secos y los deltas que fotografiaron las sondas Viking. Su atmósfera también fue similar a la nuestra, aunque después sufrió cambios profundos debido a que la evolución geológica de Marte fue muy distinta a la de la Tierra. Pero todavía es válido preguntarse si hay alguna forma de vida en la superficie marciana, tal vez en forma de microorganismos. Naturalmente, la exploración de un planeta ubicado en este momento a unos sesenta millones de kilómetros de nosotros será la empresa tecnológicamente más compleja encarada jamás por el hombre. Piense que demoraremos unos 450 días nada más que en poner en órbita terrestre la estación espacial desde la cual partirán las naves tripuladas rumbo a Marte. El trayecto entre la estación y la superficie marciana es de unos 280 días, y el camino de regreso llevará otros 165. Hay varios problemas de ingeniería que resolver. Por ejemplo, desarrollar una nave transporte capaz de llevar, entre otras cosas, cuarenta toneladas de provisiones, laboratorios, vehículos para la superficie marciana y varias toneladas de combustible y tanques de oxígeno.

—En su último libro, usted ha escrito que en una misión de esta naturaleza los astronautas estarán sometidos a peligros jamás conocidos por otros pioneros del espacio.

—Sabemos, básicamente, que un hombre puede soportar el viaje hasta allá pero no sabemos en qué condiciones físicas descenderá en Marte. La falta de gravedad por períodos largos descalcifica los huesos, afecta la tonicidad muscular, descontrola el sistema neuromuscular y el digestivo y provoca un gran debilitamiento del sistema inmunológico, con las dramáticas consecuencias que esto representaría para un ser humano que está a varios millones de kilómetros de la Tierra. Los científicos soviéticos han detectado, además, cambios metabólicos. Alteraciones del ritmo cardíaco y en la producción de colesterol en astronautas que permanecieron más de cien días en vuelo. Una de las respuestas posibles es crear una zona de *gravedad artificial* dentro de la nave, pero esto es algo muy complejo y obligaría a los ingenieros a rediseñar la misión por completo. Por otra parte, la tragedia del *Challenger* todavía está

fresca en la memoria de la NASA, y buena parte del vuelo a Marte depende de la eficiencia de los taxis espaciales.

—James Beggs, ex director de la NASA, sostiene que el público no especializado no comprende el tremendo esfuerzo económico que demanda la exploración del cosmos porque no analiza la situación desde una perspectiva correcta. Beggs afirma que los astronautas viajarán a Marte sabiendo que serán los primeros en pisar el suelo marciano, sus hijos serán los primeros en buscar allí minerales y sus nietos organizarán la primera comunidad estable de Marte. ¿Está de acuerdo con esta visión de una conquista escalonada y continua de la galaxia?

—Lo que el público debería comprender es que las próximas misiones no son una repetición de los primeros treinta años de exploración. Los vuelos del programa Apolo estaban orientados hacia una meta básica que era llevar al primer hombre a la Luna, pero en esa tarea dejamos abandonada en el espacio y en el suelo lunar una cantidad asombrosa de equipos valiosísimos que seguramente jamás recuperaremos. En 1988 podemos decir que el programa Apolo respondía a un objetivo bastante limitado. Las misiones a Marte tendrán un espíritu muy diferente, como lo demuestra el hecho de que en las bodegas de carga del primer vuelo viajaran equipos que serán utilizados por astronautas de esa tripulación y otras futuras. Esta vez no vamos de visita al cosmos: vamos para quedarnos. Esa es la gran diferencia. En cuanto al esfuerzo económico que esto representa, estoy de acuerdo en que es muy alto, pero hay que ser cuidadosos en los juicios. Imagine si los asesores de la corte española le hubiesen dicho a la reina Isabel que equipar las carabelas era un costo demasiado alto.

El turno de ellas

—En las últimas dos décadas el perfil de los astronautas que incorpora la NASA ha cambiado bastante. ¿Cuáles son las cualidades que se le exigen hoy a un candidato?

—¿Piensa anotarse?

—No, imagino que es un dato interesante para los lectores.

—Cuando la NASA empezó a formar su primer equipo nadie sabía cómo debía ser el candidato ideal para viajar fuera de la atmósfera. Era un territorio desconocido y se pensó, un poco intuitivamente, en gente que por su profesión tuviese alguna afinidad con la nueva empresa. Convocaron a pilotos de prueba, como es mi caso, a ingenieros, buzos, alpinistas, etc. Básicamente querían gente valiente y capaz de controlarse en situaciones extremas. Es asombroso que en aquel momento la NASA no haya terminado contratando a un torero. Treinta años después el horizonte de un astronauta es increíblemente más amplio. El problema mayor ya no es tripular una nave experimental sino trabajar en el espacio. Se terminó la etapa de los duros: los astronautas ahora visten de *short* una vez que están en órbita, comen cóctel de langostinos, carne asada y duermen en literas individuales. En el vuelo a la Luna yo preparaba mi guiso de pollo disparando con una pistola agua caliente comprimida dentro de una bolsa de plástico. Ahora es el momento de los biólogos, médicos, físicos y astrónomos. En ese sentido, el espacio es más democrático que antes.

—¿Por qué demoraron tanto las mujeres en ser incorporadas a esa democracia espacial?

—Es una crítica injusta pero bastante frecuente en diversos sectores de los Estados Unidos. La única razón por la que demoraron más es porque durante mucho tiempo no había candidatas calificadas. Las primeras seis mujeres fueron admitidas en 1978. Los soviéticos mandaron antes a Valentina Tereshkova, pero según el relato de algunos de sus colegas soviéticos no fue una experiencia muy feliz. Al parecer, su comportamiento durante el vuelo fue bastante extraño y creo que provocó algún incidente mientras giraba en la órbita alrededor de la Tierra. La historia jamás llegó a los diarios, pero cuando le pregunté a un astronauta soviético qué había sucedido y men-

cioné a Valentina Tereshkova respondió con tres palabras muy claras: *nyet, nyet, nyet*. Yo dejé la NASA antes de que fuera admitida la primera mujer, pero me dicen que su comportamiento es excelente. Son muy competitivas, como si estuvieran tratando de probar que durante años se cometió una injusticia con ellas. Sienten que representan a todas las norteamericanas. Si uno piensa en misiones muy prolongadas, por ejemplo, un viaje a Marte, hay que considerarlas seriamente. Pesan menos que los hombres, consumen menos oxígeno y se adaptan mejor a la falta de gravedad. Además, hay otro argumento de peso para que vayan a Marte y es que el viaje de ida y vuelta dura aproximadamente un año. En el espacio, un año es mucho más tiempo que en la Tierra. ¿Me comprende?

—Usted se refiere a..

—Sexo. Estoy hablando de sexo. Yo no quisiera estar metido en una nave durante cuatrocientos días acompañado nada más que por computadoras, música grabada y películas de Hollywood. Sería terrible.

—¿La NASA está pensando exclusivamente en matrimonios de astronautas o también aceptará amantes a bordo?

—Ya no estoy en la NASA, pero mi opinión es que los matrimonios son más estables. La relación con una amante puede ser más apasionada, más intensa, pero también más frágil y temperamental. A mí no me preocuparía estar encerrado en una nave que va a Marte con mi amante de este año. Pero sería horrible quedar atrapado con la del año pasado.

4 de septiembre de 1988

La Nación

UN LARGO VIAJE DE MAO A BORGES

¿Existe, dentro o fuera de la literatura, un itinerario más impredecible para llegar al universo de Jorge Luis Borges que el que recorrió el profesor Chen Kaixian? No, que se sepa. Su caso circula todavía de boca en boca en las universidades y en los ambientes intelectuales y diplomáticos de China con la fuerza persuasiva que a menudo adquieren las leyendas. Pero esta vez se trata de una historia real, documentada, que cautiva no sólo la imaginación sino también la conciencia de quien la escucha y es, por lo tanto, imposible de abandonar sin conocer antes el desenlace.

Algunos apuntes básicos sobre Chen, la época y las circunstancias extraordinarias que le tocaron vivir ubicarán al lector en la trama.

La noche de diez años

Chen Kaixian, crítico literario, actualmente profesor en la Universidad de Nanjing, traductor de Borges y el mayor experto en la obra del autor de *El Aleph* que tiene China, quedó atrapado, un buen día de 1966, al igual que toda su familia, en el lado equivocado de la Revolución Cultural, es decir, el de las víctimas. Pese a su nombre luminoso, hasta entusiasta, la Revolución no fue otra cosa que una larga noche de fanatismo y barbarie que se extendería por diez años y de la cual no quedaría a salvo ni la aldea más remota del país.

Agobiado por el fracaso de su economía, que condenaba a morir de hambre a millones de habitantes, Mao Tse tung, furioso, proclamó que había llegado el momento de acabar con los “cuatro viejos”: las viejas costumbres, los viejos hábitos, la vieja cultura y los viejos modos de pensar.

El instrumento para ejecutar el salto hacia el futuro que ordenaba Mao fueron los guardias rojos. Jóvenes o adolescentes en su mayoría, sin más experiencia que la rápida y apasionada lectura del nuevo dogma, los guardias delataron y agredieron a maestros, profesores, funcionarios y hasta a sus propios padres. Aterrados, millones de chinos se confesaron culpables de crímenes terribles, cuyo significado no siempre comprendían, y se encolumnaban para recibir los castigos populares: palizas, desfiles humillantes por calles atestadas en donde la multitud se burlaba y escupía a los condenados, deportaciones a campos de reeducación o, simplemente, el asesinato individual o colectivo, como en el caso de los monjes budistas tibetanos.

El padre de Cheng, egresado de Yale y de Harvard, profesor de literatura y experto en Shakespeare, fue acusado de un delito tan insólito que ni siquiera los guardias rojos estaban al tanto de su existencia. Al revisar sus antecedentes académicos, descubrieron que, además de enseñar a los autores ingleses, el hombre había montado una obra de teatro con estudiantes universitarios basada en una selección de textos de *Hamlet*. Los guardias dedujeron que cada vez que los estudiantes criticaban al corrupto rey de Dinamarca sobre el escenario, lo que hacían, en rigor, era conspirar contra Mao. El padre de Chen fue condenado y recluido en un campo de reeducación.

Su madre, Huang Youkui, una soprano que había participado en exitosas representaciones de *La Traviata* y de *Madame Butterfly*, también fue condenada. Su delito: representar en público una ópera que ponía en duda la rectitud moral y los principios de las mujeres chinas.

Ante un régimen que prohibía a Bach y a Confucio, a Freud y a Picasso, que encendía hogueras con los libros, derribaba monumentos, consideraba a los profesores “enemigos de clase” y al éxito escolar “el principio de la metamorfosis aristocrática”, el joven Chen Kaixian comprendió, con la certeza de un rayo,

que él también, como sus padres, iba a ser condenado sin juicio y sin pruebas. A fin de cuentas, por qué iba a tolerar la Revolución que un estudiante de quinto año de lenguas extranjeras de la Universidad de Pekín tuviese una perspectiva de la realidad que se ubicaba en las antípodas de la ideología dominante. Tuvo razón. Chen fue enviado a trabajar en el campo, al norte de Shanji, para ser reeducado con un método drástico: tirar del arado y hacer trabajos de carpintería.

Antes de la traumática dispersión familiar, en el último diálogo que mantuvieron, el padre le dio dos consejos. Que tratara por todos los medios de alejarse de China y que siguiera estudiando idiomas. Luego, algo un tanto inesperado en ese breve adiós, recordó los nombres de los dos escritores que, en su opinión, son los más importantes de toda la literatura española. “Uno es, naturalmente, Cervantes”, le dijo. Al otro lo describió como “un escritor de escritores”. Era Jorge Luis Borges.

Elogio del perdón

El relato que le hace Chen a *La Nación*, cuarenta años después de la Revolución, mientras toma un capuchino con masas dulces y saladas sentado en uno de los elegantes salones del Central Hotel Shanghai, en el barrio histórico de la ciudad, revela que su historia, como tantas otras cosas en China, es plural. Más allá de ciertas precisiones biográficas y rasgos circunstanciales, habla también por millones de compatriotas que no tuvieron voz.

Sabe que es escuchado por su prestigio como docente y crítico literario, por haber fundado el Centro Cervantes de la Universidad de Nanjing y por ser “el traductor de Borges”, un dato no menor para los estudiosos occidentales que lo visitan y lo consultan. De aspecto frágil, austero, vestido con un pantalón y una camisa holgados, Chen aparenta más años de los sesenta que tiene. Observa todo lo que sucede en el bullicioso salón del hotel con curiosidad, como un hombre que se asoma de pronto a un paisaje desconocido.

Cuando uno le recuerda que el Comité Central del Partido Comunista Chino decretó el final del oscurantismo, en 1981, con la que tal vez sea la resolución más breve y cínica de la política contemporánea (“Un grave error izquierdista de un gran revolucionario proletario”), Chen sonríe y permanece en silencio. Prefiere dejar el pasado en donde está.

Al final de su vida, Mao alentó con tanto salvajismo la guerra entre los revolucionarios y los sectores que consideraba burgueses o de derecha, explica Chen, que llegó un momento en que hasta los accidentes de tránsito eran considerados como parte de la lucha de clases. “Todo eso ya no lo podemos corregir –dice–, pero estoy convencido de que fue lo que aceleró la apertura económica y política que ahora vivimos”.

Cuando terminó su “reeducción en el campo”, se le permitió regresar al Instituto de Lenguas de Xian. Los comités de admisión universitaria estaban todavía formados por campesinos, muchos de ellos analfabetos, y por soldados.

El recuerdo que enciende ahora la mirada y el ánimo de Chen es su llegada a la Ciudad de México. “Sobre todo –dice– me maravilló la Biblioteca del Colegio de México, que es una fiesta en todos los sentidos”. Fue allí, en las mesas dispuestas entre altos y vastos anaqueles en donde estaban ordenados los grandes libros de la literatura de Occidente, en donde Chen empezó a explorar el universo de Borges, primero como crítico, luego como ensayista, más tarde como traductor.

“Una vez, años antes de la Revolución, mi padre había puesto a Borges en la tapa de una revista de literatura extranjera que editaba en Nanjing –explica–, y recuerdo que la edición se agotó. No fue el éxito de ventas lo que puso orgulloso a mi padre, sino la comprobación de que Borges, ya en aquella época, era apreciado por muchos lectores en China. Bueno, ahora estaba yo en México ocupándome también de Borges y sentí que estaba, a mi manera, continuando una tradición familiar”.

Su primer ensayo en el Nuevo Mundo fue sobre *El libro de arena*, y lo hizo guiado por un profesor argentino, Carlos Magis.

Con los años, tradujo casi todos los textos incluidos en las Obras Completas. Hasta puede repetir el orden cronológico en que los fue abordando: *La lotería de Babilonia*, *El hacedor*, *El Aleph*, *El informe de Brodie*, y otros cuentos como “El otro”, “El Congreso”, “There are more things”, “La secta de los treinta” y “El soborno”, uno de los que más admira.

Borges, afirma sin titubear, es el futuro de la literatura: “La riqueza, complejidad y erudición con las que crea sus personajes es una suerte de invitación, de sendero para que otros escritores vuelvan a ellos y los retomen. Otro tanto sucede con sus cuentos: son escenarios perfectos que dejan mucho para explorar. Por supuesto, los juegos intelectuales que propone Borges son de una exigencia tal que a veces irritan a muchos. ¿Sabe por qué? Porque su maestría los sitúa a veces por encima de las religiones y de la política. En este sentido, su literatura también es única”.

Chen está convencido de que Borges, por su doble trascendencia, autor de renombre y hombre público de ingenio ilimitado, repite, tal vez sin proponérselo, el destino de los que él denomina “autores nacionales”, como Víctor Hugo o Shakespeare.

“No olvide que Francia ubicó en ese sitio a Víctor Hugo, que vivió la mayor parte de su vida como un extranjero en su patria. Cervantes, creo yo, no tiene ni los méritos ni los vicios de los españoles, pero ellos sienten la necesidad de identificarse con él. Nosotros tenemos a Lu Xun, a quien podríamos considerar como un escritor adoptado por China. Ahora bien, con el tiempo, Borges va a ser el escritor excluyente de la Argentina”.

Un mundo de ideogramas

A diferencia de Hemingway o de Camus, para quienes hablar de su oficio era una forma de convocar a la mala suerte o de ahuyentar a las musas, Chen está dispuesto a responder cualquier pregunta sobre la extremadamente difícil misión de traducir –sin traicionar– un texto literario del español al chino. “El problema

—dice— es que muchas de las preguntas no tienen respuesta, salvo para quien tenga suficiente dominio de los dos idiomas”.

La primera dificultad, explica, es que la estructura del idioma chino, que la mayoría de los occidentales llaman mandarín aunque su nombre es Putonghua, está basada en ideogramas. Es decir, un sistema de escritura en el que los signos no representan necesariamente los sonidos hablados, sino las ideas por medio de figuras o símbolos. “En chino, los verbos no tienen conjugación, tampoco modos o tiempos”, advierte Chen.

Por ser un idioma tonal, en el que la inflexión dada a una palabra puede cambiar su significado, al hablar en chino se activan más zonas del cerebro que cuando se dialoga en francés o en inglés. El lóbulo temporal derecho, que es donde se procesa la música, en la expresión verbal sólo se activa cuando se habla en chino.

Un buen ejemplo para comprender el universo de dificultades que debe resolver Chen es la sílaba Ma: con el primer tono significa “madre”; con el segundo, “marihuana”; con el tercero, “caballo”, y con el cuarto, “insultar”.

Chen explica que cuando se sienta frente a su escritorio a traducir a Borges, lo primero que busca es entender la frase, la idea, el contexto y la cadencia. Después intenta expresarla en chino de la manera más adecuada posible. “No hay ninguna otra cosa que pueda explicarle”, se disculpa.

Al despedirse con una enorme sonrisa y un apretón de manos en la entrada del Central Hotel Shanghai, deja flotando en el aire una curiosa ecuación: “Con el dominio de tres mil ideogramas usted podría leer un diario en chino. Para Borges necesitará más de diez mil”.

Shanghai, 22 de octubre de 2004

La Nación

UNA VISITA A BORGES

A esta ciudad de Ginebra, a la que eligió para morir, Jorge Luis Borges le debe, entre otras revelaciones, la del francés, del latín, del alemán, del expresionismo, de Schopenhauer, de la doctrina de Buda, de Conrad, del amor, de la amistad y de la tentación del suicidio. La enumeración es bastante más extensa, por supuesto, como cualquier lector puede atestiguar consultando el Atlas que Borges escribió en colaboración con María Kodama. Sus páginas incluyen una explicación y una profecía que ayudan a comprender, en parte al menos, la gravitación casi corpórea que la capital del protestantismo ejerció sobre él desde que se instaló aquí con sus padres y su hermana Norah poco antes de estallar la Primera Guerra Mundial.

Explica Borges: “A diferencia de otras ciudades, Ginebra no es enfática. París no ignora que es París, la decorosa Londres sabe que es Londres, Ginebra casi no sabe que es Ginebra. Las grandes sombras de Calvino, de Rousseau, de Amiel y de Ferdinand Hodler están aquí, pero nadie las recuerda al viajero”.

Es el territorio ideal para un poeta que dice aborrecer la inmortalidad, que le teme incluso, casi tanto como a “las preguntas íntimas formuladas en voz alta”. En cuanto a la profecía, anotada también en el Atlas, es, adecuadamente, borgeana. Dice así: “Sé que volveré siempre a Ginebra, quizá después de la muerte del cuerpo”.

De hecho, la conjetura se ha cumplido. Borges permanece en cada rincón de esta ciudad que divide el Ródano, aun en los más insospechados, pero lo hace a su manera. Los detalles de su vida personal han sido mitigados por el tiempo o la indiferencia en la memoria de sus habitantes, tal vez por los dos, y es su obra

la que habla por él. Aquí, bajo la silueta vigilante del Mont Blanc, a orillas de un lago que parece de dimensiones exageradas para la geografía Suiza, la voz de Borges es sólo la voz de sus libros. Esta es la primera sorpresa que recibe el argentino que peregrina por las callecitas angostas, irregulares y empinadas de la *Vielle Ville* en busca del autor de *Los conjurados*. Pero no la única.

A la sombra del if

El mismo día en que los médicos le confirmaron en Buenos Aires su diagnóstico definitivo, Borges decidió que no quería morir en la Argentina. Una imagen de pesadilla, nada literaria por cierto, se instala en él hasta abrumarlo. Es la imagen de sí mismo, moribundo, desprotegido, expuesto ante los inevitables *paparazzi* que tratarán de robarle la última foto para exhibirla como trofeo en alguna portada. Entonces se muda a Ginebra, a espera el final lejos de los curiosos.

Leonor Suárez de Acevedo, su abuela materna, fue sepultada aquí en 1917. Cuando le llegó la hora ella también imploró, a su manera, que la dejaran en paz. Borges recuerda: “Todos rodeábamos su lecho y ella dijo con un hilo de voz: Déjenme morir tranquila, y después la mala palabra que, por primera y última vez, oí de su boca”.

Las autoridades de Suiza, a pesar de que nunca concedieron la ciudadanía que Borges había pedido, fueron generosas con su viuda cuando ésta tuvo que elegir un sitio en el antiguo Cimetiere des Rois, próximo a la gran plaza abierta de Plainpalais. El dato de que el cementerio y el parque son dos lugares diferentes, aunque próximos, no es ocioso a juzgar por la cantidad de argentinos que buscan la tumba en el verde equivocado. Cuando María Kodama fue a recorrer el predio, austero, pequeño, sereno, con más aspecto de jardín privado inglés que de camposanto desoyó el consejo de sepultar a Borges junto a Ginastera.

Se fijó, en cambio, en un árbol alto con aire de ciprés, de un verde intenso, casi negro, que se levanta lejos de la entrada, junto a un sendero de grava en cuyos bancos de plaza se sientan al mediodía niñeras vestidas de niñeras, empleados que almuerzan mirando el reloj y abuelos que leen el *Journal de Geneve* o *La Tribune de Geneve*, la competencia. María supo el nombre del árbol –*if*– y supo también que, entre los galos, es el símbolo de la vida. La decisión estaba tomada.

Simetrías

María Kodama imaginó una piedra blanca, textura áspera y forma irregular, con las figuras de siete guerreros en una cara y la de un barco vikingo con la vela henchida en la otra. Hay una inscripción indecifrable esculpida con letras rúnicas debajo del nombre y de las fechas 1899-1986. Pertenece a la *Völsunga Saga*, uno de los primeros textos que el profesor Borges y su alumna Kodama estudiaron al descubrir que a los dos les atraían las antiguas literaturas germánicas. *Ulrico*, el único cuento de amor que dejó Borges, comienza con una cita de la misma saga. Su traducción es un misterio que María no piensa revelar.

La lápida, con su clave secreta, estuvo a punto de ser rechazada por las autoridades del cementerio cuando llegó en avión desde Buenos Aires, en donde fue esculpida. Alguna de sus dimensiones, María ya no recuerda cuál, excedía en cinco centímetros las permitidas. Fueron necesarias varias cartas, en las que ella esgrimía su condición de extranjera, para que la piedra fuese aceptada a la sombra del *if*. Ahora es la tumba más visitada del Cimetiere des Rois. Tanto que en la prolija cartelera de la capilla, en donde figura la ubicación de cada sepulcro, el guardián subrayó con lápiz rojo el renglón que dice *Borges Jorge Luis (sic), 735, G/D6*. La lista incluye, entre otros, los nombres de Calvino, Marc Godel, Alphonse Favre, Jean Piaget, Simon Francois, Guglielmo Ferrero, Jean Etienne Dufour y Charles

Pictet de Rochemont, el diplomático que selló la independencia de Ginebra, en 1814.

Treinta pasos separan —o acercan— a Borges de Calvino. Es una caprichosa coincidencia tejida en el espacio y en el tiempo, la clase de juego que tanto divertía a Borges. Ginebra no sólo fue refugio para ambos; cada uno en su siglo la consideró, además, por motivos bien diferentes, su patria íntima. En 1559 Calvino fundó un colegio en la orilla opuesta del Ródano, en el corazón de la ciudad vieja, cuyo edificio original todavía se conserva. Cuatro siglos más tarde Borges hizo allí su bachillerato. En la misma calle del College Calvin está la placita Bourgade-Faur, lugar mágico si los hay, con su fuente, su piso de adoquines, abovedado, uno de los rincones preferidos del Borges estudiante.

Si el tiempo es la imagen móvil de la eternidad, como argumentó Platón, nada impide imaginar entonces que los caminos de Calvino y Borges han vuelto a cruzarse.

Los otros

Hilde Weber, dueña de la galería de arte Weber, ofrece una segunda taza de té de jazmín en la trastienda y habla del amor que su ciudad siente por Borges.

Dice, por ejemplo: “Es una suerte que haya decidido quedarse entre nosotros. El gesto nos halaga, pero, a la vez, nos obliga a reflexionar sobre nosotros mismos. Sin proponérselo, nos ha sumado a sus especulaciones metafísicas. Además, me alegra saber que, gracias a él, vendrá a visitarnos otro tipo de gente”.

En la vidriera principal de la galería, que da a la rue de Monthoux, entre un Miró y un Tapiers. Hilde Weber exhibe varios ejemplares de la nueva edición de *La Pléiade* de las obras completas de Borges. Pero su libro favorito está semioculto en un anaquel, lejos del alcance del público. Se trata de un ejemplar

numerado y autobiografiado de *El Congreso*, con sus ilustraciones en colores, pegadas una a una, protegido por una caja, forrada con seda negra, que editó Franco María Ricci hace unos años. Aclara que le queda un segundo ejemplar en alguna parte, reservado por un funcionario sueco o turco, alguien destinado a la Unesco. “Cuesta 348 francos suizos, unos 250 dólares al cambio –se lamenta–: los diplomáticos son de los pocos que pueden comprarlo”. Al despedirse, como al pasar hace una observación que el visitante sólo puede tomar como un elogio sorprendente, caído del cielo. “Ah, así que usted es del país de Borges...”.

Michell Cheseaux, *archiviste* del Colegio Calvino, hace un pase de prestidigitador y extrae de una vieja carpeta varias hojas que amenazan con convertirse en polvo. Quiere comprobar lo que ya teme. Todos los papeles de Borges, dictados, traducciones, ejercicios, han sido destruidos, al igual que los de sus compañeros de bachillerato. “Los quemamos veinte años después de que dejan el colegio –explica–, es el reglamento”.

En el Cimetiere de Rois, Helena Dijana le marca el cuadro siguiente a su camarógrafo: quiere un primer plano de los soldados que combaten sobre la tumba de Borges, algunos con las espadas quebradas. Helena es productora de televisión y da las instrucciones en croata. Ha dejado su propia guerra por unos días para filmar un documental sobre *El Aleph*, aquel punto improbable “en donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe vistos desde todos los ángulos”. El guión traslada, es lo que se propone al menos, las propiedades de *El Aleph* a la piedra de la misteriosa saga nórdica. La tumba, explica Helena, no es el final sino el centro mismo del cosmos borgeano. En todo caso, ésa es la trama que verán en Croacia.

La dicha última

“¿Qué otra suerte me queda, qué otra hermosa suerte me queda?”, se preguntaba Borges al prologar *Los conjurados*, el

libro que publicó un año antes de morir. Se refería, por supuesto, al goce de escribir, “que no se mide por las virtudes o las flaquezas de la escritura”. Lo suyo no era sólo alarde literario, sino aceptar un destino, y aceptarlo hasta el final. María Kodama recuerda, por ejemplo, el entusiasmo con el que trabajó en el guión sobre *La salvación de Venecia*, que le habían encargado.

“Tuvo fuerzas para dictar hasta tres días antes de morir. Salíamos a pasear por la ciudad vieja y cuando yo me ofrecía a explorar antes el terreno para que se sintiese más seguro, él insistía. “No pierda el tiempo, María, recuerdo cada detalle del lugar”. Cuando nos acercábamos a la orilla del lago, al que yo le temo, igual que a las montañas, me tranquilizaba diciendo: Fíjese, el Lemán es como un mar calmo, ni siquiera se ve la otra orilla... Se había propuesto que la enfermedad no interfiriera en su vida. Las últimas semanas inclusive nos pusimos a estudiar árabe”.

La idea se le ocurrió a ella, al ver que era imposible contratar a un profesor de japonés que aceptase continuar dando clases en el hotel. Antes del japonés habían estudiado juntos islandés y anglosajón antiguo. Un domingo, a las once de la noche, María leyó un aviso en el diario sobre un profesor egipcio en el diario que ofrecía clases de árabe. Lo consultó a Borges. “Por supuesto, por supuesto –la alentó de inmediato–, piense en *Las mil y una noches*. El egipcio, que vivía en Lausana, al principio desconfió acerca de las intenciones de la desconocida que lo llamaba a esa hora para empezar a tomar clases en la habitación de su hotel. Sin embargo, a la mañana siguiente fue al encuentro. Ella lo esperaba en el *lobby*. Se saludaron, pero como sucede con frecuencia, sin prestar demasiada atención a los apellidos. Ella sugirió entonces que subiera porque alguien más iba a participar de la clase. El egipcio sonrió. Cuando María abrió la puerta, el recién llegado reconoció de inmediato al anciano y se puso a llorar. Había leído la obra completa de Borges en francés. Propuso enseñarles árabe sin cobrar, pero ellos no aceptaron.

“Jamás perdió su buen humor –recuerda Kodama–: a veces, hasta sugería en voz alta diferentes versiones de su propia necrológica. A ver, María, qué le parece esto: Jorge Luis Borges, nacido en Buenos Aires en 1899, muerto en Nara en mil novecientos noventa y tantos... Estaba fascinado con Nara, sobre todo por su significado espiritual, lo que representa para el sionismo”.

En ese diálogo íntimo, sin tuteo, en el que cada palabra era un símbolo de un pasado compartido, él especulaba otras veces con la idea de la reencarnación. “Yo –continúa María– aceptaba su juego, pero le advertía que en mi próxima vida sería científica, posibilidad que, creo, lo desalentaba un poco”.

Ella sabía, sin embargo, porque ya él lo había escrito, que el Borges que se apagaba en Ginebra no creía en la inmortalidad personal, sino, más bien, en la memoria que uno deja en los otros. Naturalmente, lo dijo con otras palabras. Sus palabras fueron éstas: “Cada vez que repetimos un verso de Dante o de Shakespeare somos, de algún modo, aquel instante en que Shakespeare o Dante crearon ese verso”.

Ginebra, 20 de noviembre de 1993

La Nación

EL MISTERIO TIENE SU ANIVERSARIO: AGATHA CHRISTIE, LA REINA DEL CRIMEN

“Desde Lucrecia Borgia que alguien no ganaba tanto con el crimen”

PETER USTINOV

Sus novelas han sido traducidas a 103 idiomas (14 más que Shakespeare) y han vendido cerca de mil millones de ejemplares, récord que sólo supera la Biblia. ¿Pero, cómo era en verdad la escritora que dio vida a Poirot, a Miss Marple y cuyo reinado en el mundo de la novela policial parece no tener fin?

Garrapatea en cualquier papel que tiene a mano. Un boleto de tren, algún viejo cuaderno escolar que encuentra por ahí, el reverso de las listas del lavadero, el mapa que viaja en la guantera de su adorado Morris Cowley color gris, con trompa en forma de botella.

Apunta, por ejemplo: *Arsénico... aspecto parecido al caviar... budín de ciruelas... granadas*. Cada palabra suelta puede ser una pista y conviene atraparla antes de que avance el día. Es una mujer reservada, tímida, victoriana por herencia paterna y por convicción, que apenas si anota los misteriosos bosquejos que van tomando forma en su cabeza y que a veces terminan confundándose unos con otros, caprichosamente, sin que ella al parecer pueda hacer nada para evitarlo. Interrumpe la lectura de *The Evening News* y escribe, de prisa, en el margen derecho de la página de deportes: *“La muchacha no es en realidad su hermana... agosto, calor agobiante...”*.

Mientras poda las rosas de su mansión preferida –Greenway–, viaja en tren a Roma o descansa a la sombra de una de las columnas del templo de Karnak, descubre significados ocultos en aque-

llas frases sueltas. El dibujo de la trama asoma con más claridad entre la niebla, pero todavía quedan demasiados cabos sueltos. Hay que esperar.

La invitan a un té para jóvenes debutantes en Hampstead (rito al que ninguna adolescente inglesa con aspiraciones sociales puede escapar) y Agatha Christie, aislada en su mundo de intrigas, en medio de tantas risas nerviosas, anota: *Madres eliminadas en rápida sucesión...*

El argumento de “La muerte de lord Edgware” se le ocurre una noche de teatro, en Londres, mientras asiste a una actuación de su amiga la actriz Ruth Draper. Otra frase recitada por la Draper sobre el escenario –*¿Por qué no le preguntaron a Evans?*– le inspira un libro homónimo.

En ocasiones, hablaba en voz alta, a solas. Su hermana Madge le decía que la gente podía tomarla por una idiota. Ella se encogía de hombros. “Ocurre –decía– que una se olvida a menudo de las cosas si no las oye nombrar en voz alta”.

Su ocupación fue el crimen. Su *modus operandi*, el ingenio. Su botín, incalculable, como nos recuerda Ustinov.

Murió hace quince años –16 de enero de 1976–, pero sus libros y sus lectores siguen multiplicándose a un ritmo prodigioso, como si ella estuviese todavía aquí para alentarlos.

El tiempo presente surge con total naturalidad cuando se habla o se escribe sobre ella.

Una abuela generosa

Mathew Pritchard, nieto de la escritora y director de Brooker Entertainment, el conglomerado británico que controla el 64 por ciento de los derechos mundiales de Agatha Christie, también habla en presente de su abuela.

“Todos suponen que mi trabajo se limita a contar cheques desde las nueve de la mañana y volver a casa al mediodía, pero no es tan así.

“Nosotros racionamos el material en forma permanente y lo ponemos a prueba con el fin de que haya un flujo, un interés constante.

”Queremos evitar que se produzca una oferta excesiva y luego, al cabo de cinco o diez años, no haya nada”.

Mathew se hizo millonario muy joven gracias al talento y a la generosidad de su abuela. Fue el día en que ella le transfirió los derechos de *La ratonera*, la obra teatral que fue estrenada en Londres, en 1952, y que desde entonces ha estado atrapando espectadores, en forma ininterrumpida, a razón de varios cientos de miles por año.

La herencia literaria de Agatha Christie, al margen de toda consideración estética, obliga a pensar en una tarea titánica.

Ochenta novelas de misterio. Diecisiete obras de teatro. Tres libros de viajes, incluyendo un divertido relato sobre las expediciones arqueológicas de su segundo esposo, Max Mallowan, a Irak, Egipto y Siria. Ocho novelas románticas, firmadas con el seudónimo de Mary Westmacott. Dos tomos de poesía y más de ciento cincuenta cuentos cortos.

Obviamente, en la lista hay que sumar a sus magníficos alter ego, Hércules Poirot y Miss Jane Marple.

Tributo espontáneo

El último 15 de septiembre, al cumplirse el centenario de su nacimiento, sus compatriotas decidieron que esta mujer extraordinaria, a la que la reina Isabel II distinguió con su amistad y con el título de Dama Comendadora de la Orden del Imperio Británico, merecía algo más que un festival de fuegos artificiales.

En su Devon natal, se reunieron centenares de autores y críticos para analizar su obra.

El ayuntamiento de Torquay organizó un *rally* para autos clásicos conducidos por los célebres personajes de Agatha Christie.

En Paignton, bajo el lema *Misterio en la Riviera inglesa*, fueron exhibidas ediciones únicas de las novelas, todas las versiones de cine y televisión y una verdadera catarata de nuevos ensayos dedicados a su obra. Sobrio, como de costumbre, el museo de cera Madame Tussaud limitó el homenaje a unos retoques: le puso un vestido y zapatos nuevos, traídos directamente del guardarropa que se conserva intacto en la mansión Greenway.

Este tributo espontáneo, nada académico, a cielo abierto, fue interpretado por legiones de británicos, lectores o no de sus novelas, como una suerte de agradecimiento colectivo. Sus libros no sólo llevaron al género policial inglés a un éxito sin precedentes, sino que *—last but not least—* significan un atractivo aporte económico para el imperio.

El lector en la escena

Víctimas y sospechosos, es cierto, suelen aparecer artificialmente confinados en residencias campestres, trenes legendarios o lujosos cruceros que se deslizan por el Nilo como si estuviesen detenidos en el tiempo.

Por dentro de esa escenografía algo estática, previsible, ella mueve sus piezas con maestría.

El desafío al lector es directo, lineal. Su misión es identificar a los malvados, ocultos, como es de rigor, en una aura de inocencia.

Pero, al hacerlo, tiene que atravesar los velos de ciertas pistas desconcertantes que ella ha sembrado, aquí y allá, dentro de una trama meticulosamente urdida.

La propia Agatha lo explicó así ante un micrófono de la BBC: “El centro del enigma es que, a medida que se avanza en la lectura, la identidad del asesino parece bastante evidente, pero, al mismo tiempo, y por alguna razón, el lector descubre que la situación no es tan obvia. Está ese otro personaje que no podía haber cometido el crimen, aunque, sin embargo...”.

No ofrece un estilo brillante, sino un rompecabezas de situaciones, una mezcla de lógica infalible y disquisiciones desorientadoras que conducen a una solución inesperada. Simple.

El bien triunfa sobre el mal, mientras dos o tres cadáveres yacen en la biblioteca o en un camarote del Orient Express.

Christie sabe cómo explotar las fantasías íntimas de los lectores.

Los motivos son, por lo general, bastante simples —odio, celos, codicia, ambición, venganza—, y otro tanto puede decirse de su prosa: oraciones directas, capítulos breves, una gran economía en las descripciones.

“Si pudiera escribir como Elizabeth Bowen, Muriel Spark o Graham Greene, saltaría hasta el cielo de contenta —confiesa, con honestidad conmovedora, en su autobiografía—, pero he aprendido que yo soy yo, que puedo hacer aquello que cabe dentro de mis posibilidades, pero no lo que desearía hacer”.

No le gustaban las voces muy altas, las muchedumbres, los cócteles, el alcohol, el tabaco, la mermelada, las ostras, la comida tibia, el olor y el sabor de la leche caliente.

Amaba la música, los trenes, nadar, el silencio, todo lo relacionado con los números (su forma, su lógica), dormir, el aroma del café, soñar, el teatro, la mayoría de los perros, las manzanas (sobre todo comerlas en la bañera) y las casas. En una época, antes de la Segunda Guerra Mundial, llegó a poseer ocho.

Experiencias juveniles

Su padre, de apellido Miller, era un rentista norteamericano al que le encantaban el ocio y la atmósfera sedada de los clubes privados. Antes de casarse, tuvo un romance con Jennie Jerome, quien luego habría de ser la madre de Winston Churchill. Clara Boehmer, su madre, era inglesa y se había criado en el hogar austero de un oficial del regimiento Argyll Highlanders. Tuvie-

ron tres hijos –la menor era Agatha Mary Clarissa– y vivieron durante años en una confortable casona de suburbio, rodeada por un amplio parque, en Torquay.

Al cumplir trece años fue llevada, por primera vez, a una de las playas segregadas de la Europa de comienzos de siglo. El relato que dejó de aquella experiencia, además del valor testimonial, tiene la rara virtud de pintar en pocas palabras la psicología de una época que hoy nos parece decididamente prehistórica: “En la pequeña bahía reservada para las mujeres había ocho casetas de baño a cargo de un anciano, de temperamento irascible. Su trabajo consistía en acercar las casetas al agua y volverlas a sacar. Teníamos que hacerlo con precaución, pues en cualquier momento el anciano podía poner las casetas en marcha. El balanceo hasta el mar era tremendo y la construcción avanzaba a los tumbos sobre las piedras, arrojando a las bañistas de un lado a otro. Al cabo de un rato, durante el cual permanecíamos con el cuerpo siempre sumergido y protegido de las miradas indiscretas por esa especie de envase, el anciano volvía a hundir la caseta en el agua para llevarnos a tierra firme. Por supuesto, nadie tomaba sol en la playa”.

La escuela no formó parte de su educación regular, salvo su breve paso, en la adolescencia, por un colegio para señoritas, en donde el énfasis estaba puesto más en los modales que en la gramática o en las ciencias naturales. Soñaba con ser pianista, pero siempre supo que le aterraría tener que tocar en público. A los quince o dieciséis años, estando en cama convaleciente de una gripe, su madre le propuso que imitara a Madge y escribiera un cuento, para ocupar su mente. En un santiamén (así lo recordaba ella setenta años más tarde) escribió una historia que llamó: *La casa de la belleza*. Le siguieron otras, que envió a las revistas literarias de Londres cobijándose bajo diferentes seudónimos, algunos masculinos: Sydney West, Mostyn Grey, Nathaniel Miller, Mack Miller.

Derroche de argumentos

A los diecinueve años intentó escribir una novela situada en El Cairo —donde había pasado algunos meses tras la muerte de su padre—, pero al promediar la historia se tentó con otro argumento, una heroína sorda que trata de resolver un crimen. Al final, indecisa, terminó por combinar los argumentos. El escritor Eden Phillpotts, vecino de la familia, leyó el manuscrito y se lo devolvió con este consejo: “Evite las moralizaciones, los escritores-profesores duermen a la gente. Además, aquí tiene dos argumentos en lugar de uno. Créame, dentro de un tiempo no querrá derrochar sus argumentos con tanta prodigalidad”.

Phillpotts, sin duda, había visto un futuro en aquel texto, pero la joven Agatha tenía otras prioridades. Estaba por estallar la Primera Guerra Mundial y, en el término de ocho meses, estuvo a punto de comprometerse con un coronel del ejército, un subteniente de la marina y un mayor que sorpresivamente fue destinado a prestar servicio en la India. Entonces, a los veintidós años, conoció a Archie Christie.

Atractivo, atlético, buen conversador, exitoso con las mujeres, Archie acababa de obtener su brevet de piloto y se había alistado en el Real Cuerpo de Aviación, detalle que lo aproximaba al peligro, al estoicismo de los duelos aéreos y que, por eso mismo, lo envolvía en el sutil magnetismo de un héroe en potencia. Cuando estalló la guerra, luchó con valor en Francia, cosechó medallas, el reconocimiento de sus camaradas y, durante la licencia navideña de 1914, se casó con Agatha. La flamante señora Christie trabajaba como enfermera no diplomada, atendiendo a los heridos que llegaban desde el continente. Luego fue transferida al dispensario del hospital, donde adquirió conocimientos básicos sobre venenos y medicamentos. Como su nuevo destino le dejaba tiempo libre, decidió reescribir aquella novela policial que había sucumbido bajo el peso de sus excesivos argumentos y personajes.

Buscando un detective

Vio en un tranvía a un hombre de barba negra y convino en que era un tipo de asesino aceptable. En el mismo transporte londinense, dos asientos más atrás, viajaba “una matrona jovial, que hablaba a viva voz de los bulbos, que se plantan en primavera”. Su aspecto también le agradó. Sin siquiera sospecharlo, los pobres pasajeros se convertían en testigos, sospechosos y malvados con una velocidad asombrosa. Pero, ¿y el detective? ¿Dónde diablos encontrar un detective?

Por razones obvias, no podía parecerse a Holmes.

Sherlock Holmes era perfecto, eso era lo que tenía de malo. Tampoco quería inspirarse en Arsenio Lupin porque, en el fondo, nunca sabía si era un detective o un criminal. Recordó de pronto a los belgas. En las afueras de Londres había una colonia de refugiados belgas y tal vez allí...

“Sería un inspector, alguien familiarizado con el crimen, con los métodos de investigación. Debería ser meticuloso, ordenado, eso es: un hombrecito ordenado que clasifica siempre sus cosas, emparejándolas, que le gustan más las formas cuadradas que redondas. Alguien muy cerebral, con la cabeza llena de células grises. Sí me gusta como suena, una cabeza llena de células grises. Ahora hay que buscarle un nombre ampuloso, como el de los Holmes. ¿Cómo se llamaba el hermano de Sherlock? Mycroft Holmes, claro, así era. ¿Qué tal si le pongo Hércules a mi hombrecito? Por supuesto, un hombre pequeño con un gran nombre: Hércules. Estudiado. También debo pensar en los otros, por ejemplo, el de la barba negra, Alfred Inglethorpe. No está mal, nada mal. Va bien con la barba”.

Al terminar la guerra, Poirot ya tenía su identidad completa. Bajo –un metro con sesenta centímetros–, cabeza ovoide, frondoso bigote, rechoncho y su cuota de células grises. Sin embargo, la primera incursión del inspector en el mundo de la literatura no lo llevó muy lejos. Un editor tras otro rechazaron la novela. Archie,

con el grado de coronel, ocupaba un puesto administrativo en el Ministerio de Aeronáutica. Tuvieron una hija, Rosalind, y alquilaron un pequeño departamento en un suburbio de Londres. Un buen día sonó el teléfono, y alguien que dijo llamar de la editorial Bodley informó que estaban dispuestos a publicar *El misterioso caso de Styles*. El contrato mereció un festejo, aunque la editorial sólo empezó a pagar derechos cuando el libro vendió más de 200 ejemplares. La venta de los derechos de publicación en serie le redituaron 25 libras adicionales.

La viuda del golf

La segunda novela empezó a tomar forma en Hampstead, durante el té para debutantes. En la tercera, aparece el capitán Hasting, el Watson de Poirot, un hombre que al parecer ha sido estafado por el departamento de células grises. Agatha, a su vez, en la vida real, se siente estafada por el departamento de derechos de autor de su editorial y se va a Collins. Cuando publica *El asesinato de Roger Ackroyd*, en 1926, ya es una autora famosa.

Los Christie se mudan a una casa suburbana, en un barrio donde Archie puede dedicarse a su deporte favorito y Agatha, casi sin darse cuenta, se convierte en una *viuda del golf* más. Un día, al firmar un cheque, Archie no recuerda el nombre de ella. ¿Es Blanche Amory? ¿O Emery? La amnesia no llega sola. Archie, mientras almuerzan en el jardín, le informa, sin entrar en mayores detalles, que se ha enamorado de otra mujer. Una tal miss Neele. Y quiere el divorcio. Y lo quiere pronto. Agatha enloqueció.

En la noche del 3 de diciembre, desapareció del hogar. A la mañana siguiente, la policía encontró su auto abandonado, con la puerta del conductor abierta. No hay huellas de violencia. Quinientos agentes, ayudados por quince mil voluntarios, perros rastreadores y camiones con altavoces la buscaron durante una semana. En el aviso publicado en los diarios del 7 de diciembre

de 1926 se lee: “Falta de su hogar, en Sunningdale, la señora Agatha Christie, de 35 años, pelo rubio, ojos grises, vestida de gris, con sombrero de terciopelo verde. Partió a las 9.45 en un coche Morris Cowley que fue encontrado abandonado al día siguiente en Shere, Surrey”.

Después de dragar lagos y arroyos y de consultar a un batallón de videntes, la policía empezó a sospechar de Archie. Pero él se mantuvo calmo, como siempre. Además, no creía que su esposa se hubiese suicidado. De hacerlo, aseguraba, hubiese elegido el veneno.

El primer indicio de su paradero lo dio la camarera de un hotel de Harrogate, cuando le señaló al gerente que el bolso de mano de la señora que ocupaba la habitación número 5 se parecía mucho al que mostraban los diarios. La ocupante de la habitación 5 era una tal Teresa Neele.

El gerente, hombre de negocios al fin, temeroso de ver implicado a su hotel en semejante escándalo, invitó a los empleados a cerrar la boca. Pero dos músicos de la orquesta de baile detectaron algo más grave: Teresa Neele y la señora Christie eran idénticas. Media hora después de que llamaran a la policía, Archie llegó con un patrullero y confirmó que se trataba de la misma persona.

Misterio no literario

Ese *agujero negro* de once días nunca fue debidamente aclarado ni por ella ni por Scotland Yard. Sigue siendo el mayor misterio no literario que dejó Agatha Christie en su paso por este mundo.

En su testimonio ante la policía, dijo que no recordaba el abandono del auto, pero sí que había tomado un tren hacia Londres. Al llegar a Victoria Station, le llamó la atención un cartel publicitario sobre Harrogate. Llevaba consigo varios cientos de libras, en un cinturón-billetera, porque al parecer siempre

seguía el consejo de su abuela de que una dama no debe viajar sin dinero de mano. Recordaba haber jugado al bridge con otros huéspedes del hotel, con quienes comentó, incluso, “la desaparición de una novelista famosa”.

Dos médicos diagnosticaron una genuina pérdida de memoria y le indicaron que viera a un psiquiatra.

Para mucha gente –incluyendo numerosos periodistas que trataban de explicar el bache de once días tejiendo tramas que parecían dictadas por la propia Agatha–, todo aquello no era más que un truco publicitario. La manipulación de una mente calculadora que no dudaba en confundir ficción con realidad para vender más libros. En privado, los detectives aseguraban que eso era imposible en vista de su carácter y su exagerada timidez. Otros apostaron a la hipótesis sentimental: la Señora del Misterio, la Duquesa de la Muerte (los motes variaban según el diario) había tramado la huida para vengarse del esposo.

En su autobiografía, Agatha guarda un silencio de tumba acerca de esta aventura. Se diría que sufrió un segundo ataque de amnesia... Aunque, pensándolo bien, ¿quién podía ser tan ingenuo como para creer que una novelista astuta, con una gran gimnasia en el arte de fragmentar la realidad, iba a escribir una autobiografía tan sincera?

A fines de 1928 se divorció de Archie –él se casó con la verdadera Neele– y tomó la decisión de convertirse en una “escritora profesional”.

La impulsaban el deseo y la necesidad de escribir un libro tras otro para obtener el dinero que ahora necesitaba con cierta desesperación. “En ese momento me di cuenta de que tendría que seguir adelante con mis manuscritos, aunque no me gustasen del todo o no estuviese muy conforme con el estilo. Siempre he odiado *El misterio del tren azul*, pero conseguí terminarlo y enviárselo a mis editores”.

“¡Adoro los cadáveres!”

Después de publicar *Matrimonio de sabuesos y Muerte en la vicaría*, tomó un tren hasta Bagdad sin saber que pronto Irak se convertiría un poco en su segunda patria. El destino del primer viaje fueron las excavaciones de Úr, en donde trabajaba un arqueólogo amigo con su esposa. Max Mallowan, el joven asistente del arqueólogo, fue el encargado de mostrarle los alrededores, de enseñarle los rudimentos del Islam y de evitar que caminara sobre las víboras que plagaban las excavaciones. Ambos se entendieron tan bien que, al regresar a Londres, Max se le declaró, pese a ser católico y quince años menor que ella. La proposición le pareció una locura a Agatha, pero después de pensarlo un poco respondió con una pregunta, exactamente como hubiese hecho Miss Marple: “¿Y por qué no?”.

Max quiso saber si no le molestaría compartir su futuro con un hombre cuya profesión era desenterrar muertos. Miss Marple volvió a hablar por ella. “¡Adoro los cadáveres!”, replicó. Luego estaba la cuestión de la diferencia de credos. “Bueno, supongo que siempre puedo convertirme en mi lecho de muerte y morir como católica romana para que nos entierren juntos”, reflexionó Agatha. Sin embargo, fue él quien abandonó su religión porque la Iglesia Católica se negaba a reconocer el matrimonio.

La única promesa que le exigió a Max es que nunca jugaría al golf.

Agatha Christie, contrariamente a lo que sugiere su asombrosa producción, nunca fue una escritora sujeta a un horario ni dedicada por completo a su trabajo. Cualquier excusa para no escribir era bienvenida.

“Lo mejor que tiene esta profesión –admitía– es que se practica en privado y cuando uno quiere. Puede angustiarnos, darnos dolor de cabeza y llevarnos al borde de la locura cuando tratamos de ordenar nuestro argumento. Pero –y esto es una bendición– no tenemos que ponernos de pie y hacer el papel de estúpidos frente al público”.

Agatha fotógrafa

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Mallowan fue enviado al Medio Oriente, donde su conocimiento del árabe resultó útil. Graham Greene, que ya había sido reclutado como espía, se acercó a ella para preguntarse si no quería “trabajar en la propaganda”. Agatha dio una respuesta que lo dejó perplejo: “Me temo que no tengo la mentalidad apropiada para ver una sola cara de la moneda”. Era la reflexión de una mujer que siempre se consideró muy inglesa, pero también muy independiente. Optó por regresar al dispensario, a distribuir medicamentos... y a las pistas.

Su hija Rosalind se casó con Hubert Prichard, un oficial galés, y el único hijo del matrimonio, Mathew, nació en 1943. Poco después, llegó la noticia de que Prichard había muerto en acción.

Terminada la guerra, Mallowan fue nombrado profesor de arqueología de Asia occidental en la Universidad de Londres.

Volvió a Irak, siempre en compañía de su esposa, para reanudar las excavaciones en Nimrud, la antigua capital militar de Asiria. Agatha era la fotógrafa de la expedición, a veces la cocinera, y tenía a su cargo el catálogo de las piezas que iban surgiendo del fondo de los túneles.

La vida cotidiana en aquel territorio era una caja de sorpresas, y tan rica y desconcertante para los europeos como muchas de sus piezas arqueológicas. Durante una visita a Mosul, una pareja de ingleses, el doctor Peter MacLeod y su esposa Peggy, le contaron a Agatha una historia que le recordó, de golpe, como un relámpago, cuán lejos estaba de la sociedad victoriana y de los suyos. “MacLeod era cirujano, pero en ciertas ocasiones era Peggy la que se paraba delante de la mesa del quirófano. Me explicaron que era absolutamente imposible que una paciente musulmana fuera operada por un hombre, por lo tanto,

habían recurrido a lo que ellos llamaban la técnica del biombo. MacLeod se quedaba a un lado y su esposa al otro, junto con la paciente y la enfermera. El le decía cómo tenía que actuar y ella, a su vez, le describía en qué condiciones se encontraban los órganos y demás detalles”.

Un caso único

En 1947, cuando la BBC preparaba un homenaje a la Reina Madre, por sus ochenta años, la agasajada insinuó que le gustaría escuchar algo de Agatha Christie. Su deseo dio origen a una comedia radial de media hora, *ThreeBlind Mice* (Tres ratones ciegos), que Christie amplió luego para el teatro, convirtiéndola en la obra de suspenso *The Mousetrap* (La ratonera). Se estrenó en Londres hace treinta y nueve años y todavía sigue en cartel. Es un caso único en la historia teatral inglesa. Además, con cada nueva presentación parecen disminuir las probabilidades de que alguien llegue a construir una ratonera mejor. Tiene ocho personajes, pero ya ha dado trabajo a 238 actores y actrices titulares y a 111 suplentes. Cada noche, durante las llamadas a escenas, se le pide al público que no revele el desenlace. Mathew, el nieto de Agatha, la describe como “una pieza breve, simple, muy buena, adecuada para entretener desde niños de 13 años hasta ancianos de 85. Ideal para quienes no gustan de las comedias musicales, no quieren escandalizarse ante el sexo o la violencia, y no desean ser educados por Shakespeare”. Ella, que asesinó tan ingeniosamente a tantos con su lápiz, logró una ratonera eterna que es la quinta esencia de su arte. Es decir, el crimen apto para todo público.

28 de abril de 1991
La Nación

REPORTAJE A ISAAC ASIMOV, EL HOMBRE QUE NO PUEDE PARAR DE ESCRIBIR

Historiador, autor de ciencia ficción, *best-seller* desde hace cuarenta años y futurólogo, Asimov es, ante todo, un explicador incurable de nuestro tiempo. Es el escritor más prolífico del planeta pero, como él mismo explica en esta entrevista, todavía tiene muchas respuestas para dar.

Isaac Asimov se ríe cuando menciono a Sherezade, la de *Las mil y una noches*, la que salvó su vida tabulando cuentos increíbles durante años, uno tras otro, en su afán por distraer al rey que había jurado cortarle la cabeza. “La diferencia es que yo generalmente trabajo de día, no de noche, y lo hago porque me divierte, no por temor –responde, sin dejar de reír–, además, sospecho que a esta altura de mi carrera llevo contadas muchas más historias que ella...”

Asimov es, sin lugar a duda, el escritor más fecundo del siglo XX y el autor de ciencia ficción que más ejemplares vende en el mundo. Su ritmo de trabajo es, sencillamente, asombroso. Escribe dos mil quinientas palabras por día, incluyendo sábados, domingos y feriados. Su velocidad ante el teclado también es alucinante.

“Terminé 141 libros en un plazo de 138 meses, entre novelas, ensayos, cuentos y un par de enciclopedias científicas breves –cuenta–, por lo tanto, creo que es correcto afirmar que avanzo a razón de un título por mes”. Comparado con este torrente de palabras, hasta el maratón de Sherezade puede parecer una hazaña modesta.

Su producción científica y literaria, en realidad, ha ido en aumento con los años. Los récords están tan frescos en su memo-

ria que no necesita consultar ningún apunte para recitarlos en voz alta, como si fuese un campeón de box que recuerda las batallas que ganó arriba del ring. Terminé 32 libros en la década del cincuenta, otros 70 en la del sesenta y 109 entre 1970 y 1980 –detalla– pero en los años ochenta he completado 192 volúmenes, lo cual demuestra que uno siempre puede mejorar su producción”.

La fama de Asimov, sin embargo, no reside sólo en su laboriosidad. Hay otro factor que la justifica: la vastedad temática de su obra, que abarca, virtualmente, todos los argumentos y problemas que despiertan la curiosidad del hombre de este siglo. “Algunos críticos –admite– se sienten tan confundidos por la variedad de géneros de mis libros que han optado por definirme como un hombre que da respuestas, lo cual no me disgusta en absoluto”.

La biblioteca de su estudio en Nueva York, donde siempre tiene a mano dos ejemplares de cada volumen que ha escrito, es un fascinante laberinto en donde conviven desde *La Guía Shakespeare de Asimov* hasta la *Enciclopedia Biográfica de las Ciencias*, pasando por *Fundación* (una trilogía que lleva vendidos dos millones de copias en catorce idiomas), *Yo, Robot*; *Constantinopla*, *El código genético*, *La Tierra de Canaán* y *Bioquímica y Metabolismo Humano*, considerado durante años como un texto clásico de la carrera de medicina en los Estados Unidos.

A pesar de que ahora se dedica casi por completo a los libros de divulgación científica, para millones de lectores su nombre sigue siendo sinónimo de ciencia ficción. Tal vez, porque su aporte al género fue mucho mayor que el de imaginar galaxias y aventuras lejanas en el tiempo y en el espacio. Asimov también supo anticipar el futuro con la maestría de un Julio Verne. No sólo inventó la palabra “robot” (apareció en *Robbie*, un cuento publicado en 1939), sino que anunció la creación de la computadora y detalló su funcionamiento quince años antes de que los científicos de la Universidad de Pennsylvania presentaran a Eniac, el primer cerebro electrónico de la historia.

En 1950, lanzó otra profecía en uno de sus cuentos y el tiempo volvió a darle la razón: escribió que en un futuro cercano las computadoras serían móviles, mucho más pequeñas, baratas, “tan populares como los relojes de muñeca y de uso cotidiano en oficinas y colegios”.

Otro de sus anticipos fueron las famosas *tres leyes de la robótica*, aceptadas luego por la mayoría de los escritores de ciencia ficción de lengua inglesa como una de las nuevas reglas de juego del género. Aunque es demasiado pronto para saber si estas normas serán obedecidas (estamos apenas en 1989), es interesante recordar sus enunciados porque muestran el marco de referencia que Asimov les ha impuesto a sus personajes-robots. Además, porque dichas normas, como se verá, no son del todo ajenas al espíritu de los hombres. Primera ley: “Ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra algún mal”. Segunda ley: “Todo robot obedecerá las órdenes recibidas de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes puedan entrar en contradicción con su primera ley”. Tercera ley: “Todo robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando esta protección no entre en contradicción con la primera o segunda ley”.

Asimov nació el 2 de enero de 1920 en Petrovichi, un pueblito de la Unión Soviética; fue llevado por sus padres a Nueva York cuando tenía tres años; se doctoró en bioquímica a los veintiocho, y empezó a enseñar en la Universidad de Columbia a los treinta. En este momento, es presidente honorario de Mensa, un club privado de Nueva York que reúne a personalidades de la ciencia y las artes con un alto coeficiente intelectual.

Asimov tiene dos hijos del primer matrimonio, David y Robyn Joan, y vive con su segunda esposa Janet en un piso 30 de Manhattan con una magnífica vista panorámica al Central Park. Estos son algunos pasajes del reportaje que le concedió días atrás a la revista de *La Nación*.

—Tratándose de usted, la primera pregunta es un poco obligada. ¿Por qué sigue trabajando a este ritmo, catorce o quince horas diarias, después de haber publicado 400 libros, cientos de conferencias y Dios sabe cuántos artículos en diarios y revistas?

—Antes de responder quiero darle una primicia. El mes que viene habré terminado mi libro número 403. En este momento estoy corrigiendo, simultáneamente, una novela y dos ensayos cortos y pienso continuar con ellos tan pronto termine de contestar a sus preguntas. De modo que vayamos al grano. Escribo al ritmo de siempre porque me da placer y porque, me temo, no sabría muy bien qué hacer si tuviese tiempo libre. Ninguna de las alternativas posibles, como ir al teatro, viajar, dar charlas en una universidad, asistir a cócteles, me proporciona tanta felicidad. Otros juegan al golf, van de pesca o arriesgan su dinero en Las Vegas. Mi vida es escribir libros. A diferencia del 99 por ciento de los colegas, no tengo que esperar hasta el punto final para empezar a gozar de mi trabajo: la ejecución misma del manuscrito es para mí una aventura agradable desde la primera hasta la última letra. No sé si esperaba una reflexión más profunda, pero, créame, ésta es la que más se acerca a la verdad.

—¿Su esposa Janet es psiquiatra, verdad?

—Sí, aunque ya no ejerce. ¿Por qué?

—Ella debe de tener alguna otra explicación acerca de esta compulsión suya de escribir un libro tras otro, año tras año.

—Seguramente. Pero ha tenido el tacto de no comentarla conmigo. Yo, a mi vez, tengo la delicadeza de no preguntarle qué opina de este asunto. Desde que mandé mi primer cuento a la revista *Astounding Science-Fiction*, cuando tenía dieciocho años, no he parado de escribir un solo día. El dinero tiene algo que ver con esta “compulsión” como usted la llama. En aquella época los autores de ciencia ficción recibíamos cheques tan insignificantes que necesitábamos una lupa para leer las cifras. Había que mandar una montaña de historias para que el monto fuese más o menos legible a simple vista.

Por otra parte, siempre fui un escritor... cómo le diría... de tacto fácil. Avanzo a razón de noventa caracteres por minuto y nunca me detengo a corregir un error, cambiar adjetivos o agregar una coma en el primer borrador. Llego de un tirón hasta el final. No me considero un estilista, ni aspiro a ser recordado como un Faulkner, un Joyce o un Jorge Luis Borges. Me veo como alguien capaz de explicar con claridad el tema que ha elegido. Algunos lectores, aunque no lo confiesen abiertamente, sienten más suspicacia por la variedad de los temas que trato que por la cantidad de mis libros. No terminan de comprender cómo un hombre puede escribir al mismo tiempo sobre el átomo, el lenguaje de los genes, la Biblia, robots imaginarios y mundos que existirán dentro de dos mil años. Admito que mi catálogo es sorprendente, pero jamás escribí una línea sobre algo que no me apasionara.

—A usted también le habrá llegado, supongo, ese rumor que pone en duda su verdadera identidad y asegura que Isaac Asimov no es otra cosa que una sociedad de escritores que trabaja bajo ese nombre.

—¿Sabe qué opino? ¡Ojalá tuviese diez socios fantasmas haciendo mi trabajo! La realidad es otra. No tengo agente literario, secretaria, gente que investigue por mí, ni siquiera alguien que pase en limpio los borradores o corrija las pruebas de imprenta. Trabajo en casa, atiando yo mismo el teléfono, cosa que a usted le consta, y contesto personalmente la lluvia de cartas que me mandan. Hasta pego las estampillas en los sobres. El rumor, sin embargo, ha alcanzado límites increíbles. En un artículo publicado en *Scientific American* a fines de 1975 me describían así: “Ex bioquímico en Boston, ahora etiqueta y sostén de una organización anónima de autores neoyorquinos...”. ¿Se da cuenta? El único crédito que me daban era el de ser la etiqueta del grupo. Increíble. Lo que no sabían era que ni siquiera estaba equipado para formar parte de ese sindicato anónimo porque no tenía computadora propia. Curiosamente, fui uno de los últimos escritores que reemplazó su máquina por una procesadora de

palabras. Sucedió a comienzos de 1981. Un día el editor de *Byte Magazine*, una revista dedicada al mercado de la computación, me pidió un cuento y se sorprendió al saber que el autor de ciencia ficción más vendido de los Estados Unidos trabajaba todavía con una vieja IBM eléctrica. A la semana tocó el timbre en casa un cadete que traía tres grandes cajas de cartón. Era una procesadora de palabras Radio SAC TRS-80 (indico la marca y el modelo por si alguien piensa que mi éxito se lo debo básicamente a mi computadora). No fue una relación fácil. Me llevó varios meses acostumbrarme a ver mis palabras en una pantalla. Además, nunca llegué a las páginas finales del manual de instrucciones porque resultó demasiado complicado para mí. Aprendí las funciones básicas y nada más.

—¿Pero cómo se organiza para investigar, cotejar, archivar y darle forma narrativa a esa fabulosa cantidad de material que pasa por sus manos?

—Por suerte soy un escritor atípico. No uso fichas, ni apuntes, ni consulto libros de referencia. Todo está basado en mi memoria, que es muy buena y tremendamente organizada. Cuando me siento ante la pantalla ya tengo todo resuelto en mi cabeza. La única preocupación es traducir el hilo de mi pensamiento en palabras. Con el tiempo, mis propios libros de referencia, que siempre están a mano, se convierten en fuentes de consulta. En este sentido, soy un escritor que a veces se alimenta a sí mismo. La computadora, por otra parte, no me ha hecho más veloz ni eficiente. La razón es simple: nadie puede escribir más rápido de lo que piensa.

—Quisiera dejar de lado, por un momento, los aspectos técnicos de la escritura y pasar al tema de las predicciones científicas y tecnológicas, tan frecuentes en su obra. En el primer tomo de *Fundación*, por ejemplo, usted describe el nacimiento de una disciplina llamada psichistoria, capaz de predecir el comportamiento de toda una sociedad. ¿Cómo reaccionaron los historiadores ante esta posibilidad y cuáles son sus perspectivas reales de aplicación?

—Mi primera mención de la psichistoria coincidió con mi doctorado en bioquímica, un momento en que yo estaba familiarizado con la teoría cinética de los gases. Esta teoría nos dice que si uno tiene una cantidad apreciable de gas compuesto por quintillones de quintillones de moléculas puede predecir exactamente cómo será su comportamiento. Los movimientos de cualquier átomo o molécula son absolutamente impredecibles; uno no puede decir hacia dónde, desde dónde o con qué velocidad se moverán. Pero uno puede hacer un promedio de los movimientos de todos ellos y deducir las leyes del gas. Imaginé en ese momento que el principio podría aplicarse a un conjunto importante de seres humanos. Cada persona tomada aisladamente es como una molécula, pero una multitud, por lo general, no lo es tanto. Me pareció interesante, entonces, descubrir, matemáticamente, cuál sería la reacción de toda una sociedad ante un estímulo o una circunstancia determinada. Así empezó todo. El tema fue tomado enseguida por historiadores y sociólogos como algo experimental, de tremendas posibilidades, pero hasta donde yo sé, no ha pasado de ese estado.

—Sigue siendo ciencia ficción.

—Como no me quedan muchos años de vida tengo que empezar a sospechar que tal vez nunca llegue a ver a la psichistoria transformada en una rama de la ciencia, lo cual no quiere decir que dentro de uno o dos siglos no se la enseñe en las universidades. Piense en el tiempo que le llevó a Galileo imponer sus ideas, o a Copérnico y a tantos otros. No me comparo con ellos, simplemente sostengo que una predicción puede demorar generaciones en ser comprobada. Hasta ahora he tenido bastante suerte con las mías. Lo cierto es que hoy no podemos colocar en el mismo nivel a un ser humano y a una molécula de gas. Aun en una cantidad pequeña, digamos, en 18 gramos de vapor de agua hay alrededor de 10^{23} moléculas. En la galaxia que yo imaginé en Fundación cabían solo 10^{15} seres humanos. Esto significa que en toda esa galaxia había una cantidad infinita-

mente menor de seres humanos que en 18 gramos de vapor. Si consideramos, además, que cada ser humano es más complejo que una molécula, veremos las dificultades de cálculo matemático que nos presenta la pscohistoria cuando pretendemos llevarla al plano de la ciencia. De todos modos, continúa siendo un tema fascinante por las posibilidades que ofrece.

—A diferencia de otros colegas, la visión que usted tiene del futuro de la humanidad es un tanto pesimista. Nos dice que seguimos acosados por tres grandes amenazas: la superpoblación, el agotamiento de ciertos recursos naturales básicos antes de que puedan ser reemplazados por otros y el hecho de que las naciones son concebidas como unidades políticas independientes y expuestas a rivalidades ideológicas, económicas y sociales de resultados impredecibles. ¿Cuál es su pronóstico sobre la especie humana al empezar 1989?

—Sigo siendo pesimista en el corto plazo, digamos, los próximos cien o ciento veinte años. El hombre tiene todavía la opción de poder eliminar a su propia especie o de transformar a la Tierra en un planeta inhabitable, o las dos cosas al mismo tiempo. Esto es irracional como estrategia de supervivencia, no hablemos ya del aspecto moral. Durante los próximos treinta años seguiremos expuestos a la imbecilidad de la amenaza nuclear. Presionados por el miedo o la desesperación, tal vez demos un paso hacia atrás antes de que sea demasiado tarde. ¿Pero quién nos asegura que será así realmente? Esto no es ciencia ficción sino algo que ocurre aquí y ahora, delante de nuestros ojos. Ahora bien, si somos capaces de detener toda esta insensatez entonces sí podremos seguir planificando el futuro.

—Los peligros propios de un planeta superpoblado, según usted, seguirán vigentes de todos modos.

—Sí. Esta amenaza es mayor que la de los arsenales nucleares. Es un problema más vasto por la tremenda cantidad de personas y de decisiones personales que involucra. El debate nuclear, al menos en teoría, puede hacerse alrededor de una

mesa con diez o doce sillas. La multiplicación de la especie humana es algo diferente. No hay que olvidar que las armas nucleares tienen apenas 45 años y que nunca fueron utilizadas masivamente. En esos 45 años, en cambio, la población de la Tierra se duplicó y sigue aumentando a un ritmo tal que para el año 2010 habrá unos 8.000 millones de personas. La demanda de alimentos, recursos, vivienda, fuentes de trabajo y servicios de esta nueva humanidad es absolutamente imposible de imaginar. Un aspecto interesante del problema es que mucha gente trata de minimizarlo: pretende actuar como si en realidad no existiera. Los medios de comunicación, sin ir más lejos, le dedican mayor espacio y titulares a las armas nucleares que a la superpoblación cuando debería ser a la inversa si nos guiamos por el grado de riesgo que ambos representan para nosotros. Los periodistas, en el fondo, actúan como cualquier otro ser humano; ante la percepción de una amenaza descomunal, que pone en duda su destino y el de toda la especie, obedece a ese miedo instintivo que los alienta a desentenderse del problema. Entonces escriben sobre problemas más manejables, inflación, el precio de la nafta o la construcción de carreteras.

—En su libro *La mente vagabunda* usted sugiere una solución a esta amenaza. “Nos guste o no admitirlo, la mujer sigue siendo, desde el punto de vista cultural, económico y social, una máquina de hacer chicos —afirma usted—, y mientras no le permitamos escapar de ese papel histórico no podemos pretender seriamente reducir las tasas de crecimiento de la población mundial”. ¿Qué propone exactamente?

—Durante cientos de miles de años, los índices de natalidad de los grupos que vagaban por el planeta fueron altos por un motivo comprensible. Sin esa tasa de nacimiento la especie hubiese sucumbido. Hasta la revolución industrial e incluso hasta los albores de la era tecnológica, el destino de mujer y de madre eran inseparables. El papel más trascendente, y el que consumía la mayor parte de sus energías y de su existencia, era ése. El

encasillamiento de la mujer es el resultado de la campaña de persuasión más antigua y persistente de la historia. La mujer debe ser madre no sólo porque está dotada para esa función sino porque durante siglos le contaron que no hay tarea más noble sobre la Tierra que la de amamantar a un recién nacido o mecer una cuna. Más allá de los retoques propuestos por el feminismo y de ciertos avances producidos en las sociedades industrializadas, la situación no ha cambiado. Las expectativas respecto de las mujeres son las mismas. Pero como la tasa de mortalidad cada vez es menor respecto de hace cien o doscientos años, y como la economía y la medicina nos aseguran que va a seguir cayendo aun más, estamos ante un serio dilema. Las máquinas de hacer chicos siguen cumpliendo su papel como si estuviésemos en plena Edad Media. Lo que propongo es sencillo. Propongo liberar a la mujer. No digo que deje de tener hijos o que se la penalice cuando tiene más de dos. Mi mensaje es que la mujer del siglo XXI (millones de ellas ya han nacido), no tiene por qué vivir sujeta a los embarazos, la guardería, la escuela, ni dedicar casi todo su talento y esfuerzo a criar hijos. Si permitimos que tenga un lugar igual al del hombre en las principales actividades del planeta, ella misma elegirá reducir el número de hijos. Querrá desarrollarse intelectual y profesionalmente cada vez más. Sería muy positivo para toda la especie.

—¿No teme que esta teoría de terminar con las máquinas de hacer chicos sea muy poco aplicable en los países de menor desarrollo que, paradójicamente, son los que más contribuyen a la superpoblación mundial?

—Admito que es extremadamente difícil y ése es uno de los motivos por los cuales soy pesimista. Estas transformaciones tendrían más posibilidades de éxito en las naciones industrializadas. Pero, bueno, por algún lado hay que empezar. Personalmente, no creo que los métodos violentos, como el aborto, sean la solución. Hay sólo dos opciones para aproximarse a una tasa negativa de crecimiento: incrementar el índice de mor-

talidad o reducir la natalidad. La primera posibilidad no resiste el menor análisis porque incluye, tácitamente, exterminios masivos, propagación de pestes, hambrunas provocadas, etcétera. Queda un solo camino entonces.

—A propósito de los países menos desarrollados, me gustaría conocer su opinión sobre la resistencia que provoca en muchos de ellos el avance de la ciencia y la tecnología cuando se las aplica a los medios de producción. Uno de los temores más frecuentes es de tipo individual. Y lo experimenta el señor que cree que nunca va a entender cómo funciona una procesadora de palabras o el obrero que intuye que va a ser desplazado por algún robot. El otro temor es colectivo: incluye a sectores que sienten que las computadoras no sólo los separan cada vez más de las naciones tecnificadas sino que, además, aumentan su grado de dependencia respecto de ellas.

—Le cuento que es uno de los problemas que más me apasionan. La llamo *tecnofobia*. Los miedos al cambio son reales, qué duda cabe, pero también están potenciados por infinidad de factores, por ejemplo, de tipo económico, cultural o ideológico. Algunos sectores tienen buenas razones para asustarse porque han sido víctimas o han conocido a las víctimas de programas de desarrollo extremadamente miopes cuyo objetivo final, no confeso, era reemplazar obreros por robots. La tecnificación en escala de una sociedad es algo mucho más sofisticado y ambicioso que eso. Pero no quiero entretenerme en una charla sobre tecnoeconomía, sino que iré directamente a la reflexión que me pide. En primer lugar, la experiencia mundial nos enseña que en una sociedad el miedo a la tecnología siempre es más nocivo que los efectos negativos que pueda tener la aplicación de esa nueva tecnología. En segundo lugar, no veo ningún otro camino que no sea el de la adaptación y el desarrollo de nuevas tecnologías para que los países subdesarrollados se acerquen al nivel de las naciones de punta. El ejemplo de ciertos países asiáticos es bastante claro. En tercer lugar, los tecnófobos no deberían con-

fundirse de enemigo: una computadora no es buena ni mala, ni tiene preferencias por un idioma o una geografía determinada. Los destinatarios de los reclamos no tienen que ser los *microchips* o los circuitos integrados. Hay que quejarse a los políticos y tecnócratas que transforman un sistema económico sin prever programas de reeducación laboral, sin organizar seguros de desempleo y sin saber de antemano en qué mercados van a colocar los nuevos volúmenes de productos fabricados con la ayuda de tecnologías de avanzada. La tecnificación elimina empleos, es cierto, pero en el mediano plazo crea más fuentes de trabajo que las que suprime. Toda sociedad, no importa su grado de desarrollo, tiene la libertad de preguntarse cómo va a utilizar a las computadoras y de establecer con ellas el tipo de asociación que más beneficios va a proporcionarle. La única libertad que no puede tomarse es la de eliminarlas de su futuro.

—Para terminar, doctor Asimov, ¿cómo explica que un divulgador de la ciencia como usted, cuyo nombre está asociado con el futuro, los robots y las naves espaciales, no acepte subir a un avión ni aunque lo amenacen con un revólver?

—Todo ser humano tiene algún miedo irracional. El mío son los aviones. No es que desconfíe de los pilotos ni de las medidas de seguridad de las compañías aéreas que, en términos generales, son aceptables. En los trenes viajo tan cómodo que ni siquiera me tomo la molestia de conocer antes al conductor del convoy. A veces, hasta me arriesgo a tomar un taxi en Manhattan, que ya es decir mucho. Con los aviones es diferente. Pero le confieso algo: si realmente me apuntaran con un revólver, lo pensaría dos veces.

15 de enero de 1989

La Nación

EPOPEYA: LOS GALESES QUE CONQUISTARON LA PATAGONIA

Parece una historia de la conquista del Oeste –con indios, héroes, colonos guiados por la Biblia que dominan un río y un valle, pueblos que se levantan en el desierto, malones y fiebre del oro–, pero ocurrió entre nosotros y no hace tanto.

Sucedió en un tiempo en que Chubut se llamaba Chupat (otro de sus nombres era Tsiwba), no había hombres blancos en cientos de leguas a la redonda y la Patagonia era apenas una vaga noción geográfica, un territorio infinito y yermo por el que vagaban tribus que hablaban cinco lenguas diferentes. Fue el 28 de julio de 1865.

Ese día, Lewis Jones y Edwin Roberts izaron por primera vez el *Ddraig Goch*, el dragón rojo, sobre la costa de Golfo Nuevo. El dragón, símbolo eterno de Gales, estaba precariamente cocido en el centro de una bandera celeste y blanca y fue la única imagen familiar, acogedora que los tripulantes del *Mimosa* distinguieron en el horizonte cuando el velero entró balanceándose en las aguas del golfo.

A bordo del *Mimosa* viajaban 154 inmigrantes galeses que habían pagado 12 libras cada uno (6 libras los menores de 14 años y los bebés gratis) para ir desde Liverpool hasta la Patagonia. La llegada de aquel contingente inicial, recordado ahora todos los años con la “Fiesta del Desembarco” (*Gwyl y Glaniad*), puso en marcha una de las aventuras migratorias más temerarias –y desconocidas– de nuestra historia.

Coincidieron allí una playa desolada y feral, los mismos protagonistas y circunstancias de otras grandes epopeyas colonizado-

ras: el desierto, el indio, la falta de agua, el coraje de hombres y mujeres, las distancias tremendas y un gobierno central excesivamente distante y con demasiados problemas entre manos como para ejercer la autoridad en la región. Y en medio de ese paisaje desalentador, un puñado de extranjeros venidos del otro lado del mar y de otro idioma, obedientes de la Biblia, ansiosos de poseer tierras pero ignorantes del nuevo suelo, tozudamente empeñados en recrear su patria lejos de todo y de todos. Son casi los mismos elementos que en el otro extremo del continente y por aquellos años, dieron origen a la gesta del Far West.

¿Pero por qué la Patagonia? El propio Lewis Jones, líder del grupo y la figura de mayor prestigio de la colectividad –Trelew fue bautizado el pueblo de Lewis en su honor–, da una explicación en el libro “Una nueva Gales en Sudamérica”; el libro se imprime ahora bajo el título abreviado de “La colonia galesa”, tal vez, para no alimentar paranoias que son parte del pasado. Según Jones, la idea era “establecer una colonia donde se hablase el galés y en la cual se pudiese reunir la gente que se entiende en esta lengua únicamente, sin estar con ello, en situación de desventaja, como en otros países”.

¿Por qué la Patagonia?, insistieron varios senadores en Buenos Aires cuando el doctor Guillermo Rawson, ministro del Interior de Mitre, presentó el proyecto de ley para que se autorizara la radicación galesa. Félix Frías se opuso con dos argumentos: no era aconsejable que se expandiera la religión protestante en el sur y, además, la llegada de más súbditos británicos podría poner en peligro la soberanía nacional sobre buena parte de la Patagonia.

Valentín Alsina también atacó el proyecto, pero con otro diagnóstico: “Todos los campos que median entre el río Negro y el Chubut no sirven para nada –afirmó– son salitrales inmensos que no tienen destino en lo humano”. A la hora de votar, el rechazo del senado fue categórico: veintiún votos contra cinco.

Sin embargo, los galeses igual llegaron. Rawson siguió apoyándolos, entre otros motivos, porque estaba convencido de que

serían una avanzada civilizadora y fundadores de pueblos que ayudarían a resolver favorablemente para nuestro país la cuestión de límites pendientes que tenía con Chile. Años más tarde, el arbitraje de la Corona británica le daría la razón al mencionar a las “poblaciones del Chubut” como una de las razones del fallo.

Cuando los galeses finalmente desembarcaron, Rawson había decidido que la región no conservaría su nombre indígena –Chupat– porque sonaba muy parecido al verbo “chupar”. Juzgó que la palabra Chubut era más eufónica y menos propensa a las bromas.

Bastaron tres semanas para que Jones y su gente –la mayoría eran familias de mineros que nunca habían pisado una meseta tan vasta– se dieran cuenta de que aquello no era el paraíso. Al menos, no un paraíso fácil de conquistar. La tierra era árida, los pozos que cavaban día y noche no daban una gota de agua y se había acabado comida para los animales. Los seiscientos vacunos y yeguas mandados por tierra desde Patagones tuvieron un destino que con el tiempo resultaría previsible: fueron robados por los indios. Comprendieron, además, que estaban aislados y que el único medio de comunicación y de escape que tenían era el barco. Pero el *Mimosa* ya no estaba fondeado en el golfo.

Los malones se movían a su antojo al sur del río Salado y hacían impensable un viaje por tierra a Bahía Blanca o Buenos Aires, o cualquier lugar civilizado. El gobierno, que todavía no había lanzado la Campaña del Desierto, era impotente para controlar las tribus que de tanto en tanto arriaban y mataban lo que se les ponía por delante. Tan frágil era la convivencia que hasta ese año, 1865, las autoridades entregaban trimestralmente unas 4.000 ovejas a los caciques Sayhueque, Namuncurá y Rawke para que sus guerreros no se sumaran a los malones.

Los indios, sin embargo no eran el mayor peligro que acosaba a los inmigrantes. Eran la sed, el hambre y la imposibilidad de hundir el arado en el suelo estéril. Después de refugiarse durante

tres semanas en cavernas que asomaban al mar, decidieron que debían continuar hacia el sur. Edwyn Roberts encabezó el primer grupo de diecinueve hombres que partió rumbo al valle del río Chubut, ubicado a unos setenta kilómetros. Temiendo una emboscada, avanzaron por la costa y al cuarto día muchos estaban enfermos por haber tomado agua salada. Un hombre viejo llamado William Roberts, exhausto y aturdido, improvisó una cama bajo un arbusto y anunció que había decidido morir. Los demás siguieron viaje amparados por el fresco de la noche. Esa madrugada avistaron el río, es decir, la salvación. Regresaron en busca de Roberts y, tan pronto le dieron de beber, éste abandonó rápidamente la idea de quedarse a morir en medio de la nada.

El valle tiene setenta kilómetros de largo, un ancho que oscila entre seis y quince kilómetros, está protegido del viento por unas lomas bajas y la tierra de la costa es oscura y arenosa. En ese territorio nació la Gales patagónica. El tema del primer sermón dominical parecía escrito para la ocasión. Se llamó “Israel en el Desierto”.

Salvo Gaiman, que quiere decir piedra de afilar en tehuelche, cada pueblo, cada zona rural recibió nombres de inevitable reminiscencia celta: Trelew, Dolovan (prado del río), Bryn Gwyn (loma blanca), Trevelin (pueblo del molino), Bryn Grwn (loma redonda). Para la colectividad, la ciudad de Rawson fue, durante un siglo largo, Trerawson.

La memoria de aquellos días heroicos de la colonia está magníficamente conservada en el edificio de la antigua estación de ferrocarril de Gaiman. Cuando el pueblo se quedó sin tren, hacia fines de los años cincuenta, la casa fue convertida en el Museo Histórico Regional. Lo dirige actualmente una de sus fundadoras, Tegai Roberts, bisnieta de aquel otro Roberts que le dio la bienvenida al *Mimosa* enarbolando el dragón rojo.

“Uno de los miedos de los inmigrantes era que algún día se perdiera el idioma –advierte la señora Roberts–, y eso es justamente lo que está ocurriendo, aunque nos duela admitirlo. Antes, los

chicos lo aprendían en casa, en la escuela y en la iglesia. Ahora, tienen que tomar clases particulares. En nuestra familia seguimos hablando galés, por supuesto, pero es evidente que se ha roto una cadena de conocimiento de siglos y siglos. Una prueba de eso que le digo es mi sobrino Fabio, que ya cumplió veinticinco años, y sólo ahora está aprendiendo la lengua de sus abuelos”

Fabio Trevor González, el sobrino, está parado a dos pasos de ella, en la misma sala de la estación de tren donde el tiempo se detuvo para que los turistas tengan una idea de como fue el mundo de los pioneros. La luz rojiza de la tarde entra por la única ventana de la habitación, se refleja en un piano desvencijado, huésped reciente del museo; y los envuelve en una atmósfera irreal.

“De chico no quería hablar galés para que no me llamaran *galenso* –se defiende Fabio–, para no sentirme distinto a la mayoría de mis compañeros. Con el tiempo me di cuenta de que el idioma era parte de mi propia historia y se me fue la vergüenza. Ahora, cuando un turista me para en la calle porque quiere saber algo sobre la colonia, me siento orgulloso, como si me estuviese preguntando por mi familia”.

El sillón de madera que ocupa Tegai Roberts tiene tallada en el respaldo la figura de un dragón con alas y transmite cierta solemnidad, como si fuese un trono. “*Eisteddfod*”, dice ella de pronto, y uno piensa que es el nombre del sillón. “No –corrige–, *Eisteddfod* es el festival de canto y poesía que los galeses celebran desde tiempos inmemoriales. Es uno de los acontecimientos más importantes de la región y lo festejamos anualmente desde la llegada de los pioneros. Este es un sillón várdico, por llamarlo de alguna manera, y es el pre premio que recibe el ganador del certamen literario, También se entregaban coronas como premio pero, usted sabe, los tiempos cambian. Ahora, son premiados con réplicas pequeñas de sillones y coronas”.

Un grupo de turistas franceses irrumpen en la sala y la voz de la guía ahoga las nuestras. La descripción de los objetos provoca, alternativamente, susurros, sonrisas o el relámpago de un *flash*.

Hay, entre otras cosas, un árbol genealógico hecho de tela y enmarcado en donde una tal Jane Jones bordó, en punto cruz, su nombre, el de su esposo y el de sus hijos, incluidos los días de nacimiento de cada uno; tazas de porcelana con “bigoterías”; libros escolares impresos en galés que se usaban a fines de siglo; la aldaba de la casa de Lewis Jones rescatada de la inundación de 1899, y fotos de color sepia que cuentan, paso a paso, cómo los colonos dominaron el desierto, tendieron las vías, abrieron canales y fueron sembrando el valle con chacras, capillas y pueblo. Se apagan los comentarios en francés y un ómnibus enorme de colores vivos estaciona delante del museo. Resulta llamativamente grande, desproporcionado, para las calles tranquilas y de casas bajas de Gaiman. Son austriacos y alemanes. Se va el ómnibus y aparecen el reverendo Ferry Thomas, su esposa Phillips y Tom Gravel, un amigo de la pareja. El reverendo lleva bermudas y un sombrero verde, rojo y blanco donde se lee *Cymruam byth*. Se presenta con una sonrisa contagiosa y traduce el mensaje de su sombrero, “Por siempre Gales”. Los tres nacieron, se criaron y viven allá, en la madre patria. Han venido de visita, no a quedarse. Deambulan por las salas del museo en silencio estudiando cada objeto como si quisieran memorizarlo.

“Para nosotros es una experiencia conmovedora –admite el reverendo–, imagínese: descubrir tantas reliquias familiares tan lejos de casa. ¿Tiene usted idea de lo que significa oír hablar nuestra lengua en una chacra de Chubut?”.

El idioma, explica, ha estado amenazado durante siglos en todas partes, incluso en Gales donde solamente el cuarenta por ciento de los habitantes lo hablan. “Pero estamos viviendo un resurgimiento de nuestra cultura –se entusiasma–, y el contacto entre las principales colectividades dispersas por el mundo es más estrecho. En los últimos cuatro meses, por ejemplo, unos setenta compatriotas han venido de visita a Chubut y estamos interesados en que estudiantes de la zona viajen por un año a colegios y universidades de Gales”. Tom Gravel, dueño de una concesionaria

de autos en su país, encara el intercambio como una suerte de desafío personal: éste es su séptimo viaje a la Patagonia.

Gaiman ha crecido, como casi todo en el valle, a orillas del río. Tiene unos cuatro mil habitantes, contando la zona rural, y no puede competir en importancia con Trelew —una ciudad inquieta, moderna, con un tránsito sorprendentemente intenso—, ni con Rawson, la capital levantada hacia el Este donde el río desemboca en el Atlántico. Pero Gaiman es el lugar donde mejor se respira el clima de la colonia.

La gente, hospitalaria, espontánea, está orgullosa de vivir en un lugar donde las huellas de los pioneros son tan visibles que se las puede fotografiar a la vuelta de cualquier esquina. Hay casas galesas primitivas, hechas con piedras pegadas con barro, un obelisco construido en 1892 para festejar el cuarto centenario del Descubrimiento de América, dos capillas protestantes que están del otro lado del río y parecen salidas de una postal navideña, la rueda de una noria que gira día y noche empujada por el torrente del canal que atraviesa el pueblo.

Frente a la plaza están las dos casas de té más concurridas de la región. Son la parada obligada a la hora de probar la famosa torta negra con frutas. La más antigua se llama *Plas y coed*, que significa mansión de los árboles y prácticamente no se la ve desde la calle porque la oculta un jardín pródigo, deslumbrante, donde se confunden nogales, dalias, cerezos, alteas, tulipanes, gladiolos y unas rosas enormes y luminosas.

“Esta fue la primera casa de té y la abrió mi madre, que se llamaba Dilys Jones pero que todos conocían simplemente como la *nain*, la abuela —cuenta Gwyn Rees, creador del magnífico jardín que aspira a ser selva. La casa se salvó milagrosamente de ser arrasada por la inundación de 1890, pero si usted se fija bien, notará alguna puerta que quedó en falsa escuadra”.

La responsable de la cocina ahora es Marta Roberts, la esposa de Gwyn, que durante la temporada de verano se levanta a

las cinco de la mañana para hornear todo lo que los turistas van a devorar —el verbo no es exagerado— a partir de la media tarde. Es una mujer callada, que no para un minuto, tan celosa de sus recetas que ni siquiera las comparte con su hija Norma cuando viene de vacaciones desde La Plata y la ayuda a servir las mesas. Ella le resta importancia al asunto y recuerda, enigmáticamente, un viejo dicho galés: cinco mujeres en la cocina son seis recetas diferentes de torta negra.

La ceremonia del té ha derivado en una deliciosa ostentación gastronómica. Las teteras llegan acompañadas por tarta de crema, dulce de leche, manzana, pan casero cortado en rebanadas redondas y untado con manteca, bizcochuelo, fetas de queso salado de la zona, scones humeantes y arrollados de fruta. La fama de esta repostería ha impuesto algunos horarios inusuales en la calma del valle. Por ejemplo, *tours* de treinta personas que insisten en tomar el té a la una de la tarde para salir corriendo luego hasta la próxima atracción, llámense lobos marinos, ballenas o bautismo de buceo en Puerto Madryn.

El apuro no impide que algunos turistas aprovechen el menor descuido de Gwyn Rees para saquear su jardín con la excusa de las fotos; los botines preferidos a mediados de enero son la lavanda en flor y las ciruelas que hacen caer golpeando los troncos de los árboles.

Laura Irene, la nieta menor de Gwyn, rubia, delgadita, ojos muy claros y piel muy pálida, practica en el piano una vieja canción religiosa titulada “¿Quién hizo las estrellas?”. Desde el jardín llega el murmullo de los turistas, pero ella los ignora. Hunde una tecla, titubea, hunde otra y otra más hasta formar una melodía. El abuelo, mientras tanto, recuerda a sus espaldas los tiempos en que la casa estaba rodeada por doscientas colmenas y recolectaban hasta diez toneladas de miel por año. Fue en los años veinte, precisa. También recuerda los premios ganados por la miel familiar en la Exposición de Rosario de 1927, 1928 y 1929. “Al final, tuvimos que deshacernos de las colmenas”,

dice, pero sin explicar cómo ni por qué. La nieta, que ya lleva un buen rato luchando con el himno religioso, lo abandona y se pone a tocar el tema de la película *El Golpe*.

La otra casa de té que esta frente a la plaza, a unos cincuenta metros, se llama, curiosamente, *Ty nain*, nombre que provoca cierta confusión cuando el viajero pretende ubicar a la auténtica Dilys Jones, ya desaparecida. Pero hasta un pueblo encantador como éste tiene sus pequeñas intrigas.

Las chacras que se extienden como un damero de infinitos verdes sobre las dos orillas del río fueron durante años el destino obligado de los inmigrantes. Labriego y galés tenían casi el mismo significado. En noviembre de 1867, gracias a la intuición de una mujer, empezó la transformación agrícola del valle. Rachel Jones, esposa de Aaron Jenkins, uno de los tripulantes del *Mimosa*, descubrió que se podía aprovechar la diferencia de niveles entre el río y las tierras de la costa para regarlas con canales artificiales. En las décadas siguientes se multiplicaron los alfalfares, los campos de papa, de frutales, el trigo ganó primeros premios en ferias agrícolas de Canadá y Europa y los caseríos alcanzaron la categoría de pueblos. El segundo grupo de galeses, liderado por el pastor Abraham Matthews, llegó a Chubut en 1884, el mismo año en que el valle envió su primer embarque de trigo a Buenos Aires.

Hay un monolito en las afueras de Trelew que documenta la intuición de Rachel Jones. “Aquí nació el riego”, dice la placa de bronce, y un poco más abajo “Aaron Jenkins y su esposa”. Pero el nombre de ella no figura.

Tres cuadras más adelante, al final de la calle de tierra, está la capilla de Mortath con sus ventanas ojivales, ladrillo a la vista, techo de pinotea traído especialmente desde los Estados Unidos en 1880, un reloj de doble esfera que indica las horas y los días y un armonio a pedal que conoció al pastor Matthews. La iglesia fue luterana pero hoy pertenece a la Iglesia Metodista Argentina. Eirig Roberts, su cuidador, señala un detalle en el

edificio en penumbra: los bancos, separados por barandas de madera para que cada familia ocupara siempre el mismo lugar los domingos. Desde su puesto, el pastor podía distinguir sin esfuerzo quién estaba ausente en su rebaño para visitarlo una vez terminado el servicio.

En el mismo predio, sobre una loma suave, se encuentran las tumbas de los fundadores de la colonia y de sus familiares. Richard Beiwyn, el primer maestro, está enterrado allí (empezó dando clases en el casco de un barco que naufragó frente a Rawson). Muchas de las lápidas, siguiendo una tradición galesa, indican, a continuación del nombre, el último lugar de residencia del difunto. Sabemos así que Henry Dyson Hunt era del paraje Casa Blanca, y John Murria Thomas, de Castell Iwan. Al despedirnos, Eirig revela otro dato ignorado por la mayoría de los turistas que visitan el cementerio. “Las lápidas de pizarra negra no son de acá –cuenta–, fueron cortadas y grabadas en Gales. Claro, era otra época”.

Antes de que llegara el ferrocarril y se fundara la legendaria Cooperativa Mercantil Chubut –dos de los pilares del desarrollo económico del valle–, la colonia organizó su propio gobierno, dictó sus leyes y hasta tuvo su moneda.

Eran unos papeles grandes cuadrados que llevaban impresa la siguiente promesa: “La Colonia Galesa de la Patagonia pagará por este billete la suma de una libra esterlina”. Los papeles llevaban un sello inventado para la ocasión y la firma manuscrita de Thomas Ellis.

En 1899, la colonia fue literalmente borrada del mapa por la inundación. El río creció durante cuatro días seguidos, se salió del cauce con furia y derrumbó las casas, cubrió las gavillas de trigo recién segado, destruyó los canales de riego y arrastró hacia el mar animales, techos y muebles. El relato que hace el pastor Matthews de aquella tormenta es una versión atenuada del Apocalipsis.

La fiebre del oro, que también la hubo, no sólo encendió la codicia entre aquellos sufridos chacareros sino que llevó a va-

rios a la muerte. El episodio mejor documentado y más dramático es el que protagonizó el baqueano J. D. Evans cuando intentó explorar el río aguas arriba y se internó en territorio indio. Evans, que había ganado fama entre los suyos de valiente y diestro con el caballo, partió acompañado por tres hombres y remontó el Chubut hasta la confluencia con el río Tecka. Una tarde los sorprendió una nube de polvo, alaridos y lanzas. Evans fue el único que salió con vida. En el instante en que lo alcanzaba el malón, obligó a su caballo a saltar un zanjón ancho y profundo que frenó a los indios; después cabalgó 150 kilómetros sin agua y sin comida rumbo a la colonia. El grupo armado que salió a rescatar a sus compañeros encontró los tres cuerpos brutalmente mutilados y, muy cerca, restos del fuego donde acamparon los indios después de la masacre.

El caballo que salvó a su dueño con un salto imposible está enterrado en el parque de la casa que aún conserva la familia Evans. La leyenda en la piedra resume el episodio en cuatro líneas. “Aquí yacen los restos del caballo Malacara que me salvó la vida en el ataque de los indios en el Valle de los Mártires, el 4 de marzo de 1884, al regresarme de la cordillera”.

La carretera que lleva de Gaiman a Dolavon corre junto a la loma que separa el valle de la meseta, un poco más arriba del camino que cabalgó Evans cuando fue en busca del oro. Después de una curva, si uno mira hacia abajo y en dirección al río, verá la chacra de Ievan Morgan Williams. El paisaje es pintoresco y lo ayuda el contraste de los colores: el amarillo de la casa, el azul pálido del alfalfar florecido que está adelante, el verde intenso de la hilera de pinos que bordea el sendero de la entrada. En el horizonte, detrás de las alamedas, las lomas casi blancas se destacan sobre un fondo de nubes que avanzan desordenadas. Ievan tiene dieciséis hectáreas y trabaja otras tantas heredadas por su esposa. Cultiva alfalfa, tiene algunos animales y planea desmontar pronto unas tierras vecinas para agrandar su campo. Está contento porque este año la nueva semilla de alfal-

fa canadiense que sembró le va a rendir seguramente tres cortes, si el tiempo ayuda.

Ievan es el típico descendiente de galeses que ha permanecido en el campo. Trabaja la misma tierra que fue el sustento de sus padres y de sus abuelos. Isabel Roberts, su mujer, y sus tres hijos, Judith Miriam, de diecinueve años, Walter Brian (diecisiete) y Ricardo Ivon (trece) lo acompañan en casi todas las tareas de la chacra. Cada tanto contrata peones de afuera para que le den una mano, pero no tiene empleados fijos. Cuando llegó el momento de bautizar al hijo menor, los Williams consultaron la lista de nombres legalmente autorizados que hay en el juzgado local y entonces Richard quedó en Ricardo.

“Las primeras familias que llegaron aquí recibieron cien hectáreas del gobierno y cincuenta hectáreas los solteros —explica Ievan—, pero con los años y las sucesivas herencias, las chacras se fueron achicando más y más y muchas son insuficientes para mantener y educar a los hijos. También hay otros problemas, como el salitre que sigue avanzando sobre la tierra fértil, o los precios del mercado que a veces no justifican que plantemos verdura porque hay que competir con la que traen más barata y en camión de otras zonas del país”.

Isabel Roberts sirve una segunda vuelta de jugo de ciruela casero, riquísimo, de color borravino, mientras su esposo reseña los problemas y temores de los agricultores del valle. “Los muchachos ya no quieren quedarse en las chacras y uno no los puede culpar —se lamenta—; hace treinta años muchos se fueron a Comodoro Rivadavia atraídos por el *boom* del petróleo. Ahora sueñan con emplearse en un banco o con irse a la ciudad en busca de otras oportunidades”.

Los hijos varones de Ievan escuchan en silencio. Saben que tarde o temprano ellos también deberán tomar una decisión.

12 de marzo de 1989

La Nación

BRADBURY POR BRADBURY

Considerado como una suerte de Julio Verne contemporáneo, Bradbury no sólo es el autor más famoso de la literatura fantástica de nuestros días, sino también uno de los mayores profetas de la exploración espacial. Sin embargo, como revela este reportaje, sus reflexiones sobre la sociedad en que vive conservan la agudeza, la originalidad y el clima poético de sus fantasías de anticipación. ¿Será este Bradbury, oral, en persona, en directo, despojado de la prodigiosa magia de su escritura tan fascinante como el urdidor de historias que nos entregó las memorables *Crónicas marcianas*, *El hombre ilustrado*, *Fahrenheit 451*, *El vino del estío* y *Las doradas manzanas del sol*?

Es una duda inesperada, inoportuna. Pero, afortunadamente, breve. Dura lo que durante los primeros cuatro campanillazos de un teléfono que llama. Al quinto, Ray Bradbury levanta el auricular en su estudio de la ciudad de Los Angeles y, con el entusiasmo de un chico que por primera vez remonta un barrilete, dice “fantástico, empecemos”. Su actitud no es la del escritor célebre, aclamado como uno de los mayores autores de literatura fantástica del siglo, traducido a casi todos los idiomas, que se dispone, resignado, a enfrentar su entrevista número dos mil.

El tono de Bradbury es el del narrador talentoso, compulsivo, que disfruta de antemano con la posibilidad de seducir en este caso a un oyente, no a un lector valiéndose de la maestría de sus relatos. “Soy un mago –aclara de entrada–, un mago enamorado de las ideas. Me gusta servirme de la ciencia y de las fantasías de la anticipación para hacer creer en lo imposible. El físico también es un ilusionista que puede hacer cosas increíbles jugando con las leyes que rigen en un laboratorio. Cuando yo

respeto esas leyes soy un escritor de ciencia ficción; cuando las olvido, soy un escritor fantástico”. Luego, como un prestidigitador que considera llegado el momento de conmover a la audiencia con un golpe de efecto, Bradbury recuerda que en la Luna hay un cráter bautizado en su honor.

Dandelion se llama, y está, como era previsible, en la región del Mar de la tranquilidad, donde Neil Armstrong dejó la primera pisada humana. También saca a relucir de la galera sus miedos personales: el temor a las alturas, a la velocidad, a los aviones. Necesitó tres días para animarse a subir a la torre Eiffel y jamás se sentó al volante de un auto (“no es sólo miedo, sino el convencimiento de que sería un pésimo conductor, de modo que opté por alejar a un asesino de las autopistas”). El hombre que entusiasmó a varias generaciones con la exploración espacial, que nos llevó hasta lugares como Júpiter y los agujeros negros, que nos paseó de la mano por los valles de Marte, prefiere mil veces el tren al avión. La paradoja lo hace sonreír, pero no se detiene a explicarla. Cada lector, cada crítico, deberá sacar sus propias conclusiones.

—Usted lleva escritos unos quinientos cuentos, seis obras de teatro, libros de poesía, guiones de cine, textos para Disneylandia, programas de radio y hasta una historieta cómica, sin embargo, las bibliotecas y las revistas literarias insisten en catalogarlo como un autor de ciencia ficción. Me pregunto si no siente que lo encasillan, que su obra excede largamente ese género.

—Lo de las etiquetas es una mala costumbre, una manía a la que uno termina por acostumbrarse. Pero le confieso que ni siquiera yo podría definir a qué género pertenecen en realidad mis libros. Piense por ejemplo en Hemingway y tendrá la misma dificultad: se puede decir que les gusta a los jóvenes y que los hombres lo leen mucho más que las mujeres. Pero, ¿qué rótulo se le puede poner a un tipo como Hemingway?

—Borges dijo alguna vez que usted había elevado la ciencia ficción a una categoría diferente.

—¿Sabía usted que Borges escribió el prólogo de la primera edición en español de mis *Crónicas marcianas*?

—Sí, claro, por acá lo tengo, y con una frase subrayada que dice así: “Otros autores estampan una fecha venidera y no les creemos, porque sabemos que se trata de una convención literaria: Bradbury escribe 2004 y sentimos la gravitación, la fatiga, la vasta y vaga acumulación del pasado, el dark barkward an abysm of time del verso de Shakespeare”.

—Es conmovedor, muy conmovedor, ¿Quiere que le cuente lo que me pasó con ese prólogo?

—Sí, claro.

—Cuando Borges lo escribió, a comienzos de la década del cincuenta, era prácticamente un desconocido en los Estados Unidos, un escritor sin ninguna reputación entre nosotros. Mi editor me manda el libro, yo leo allí el nombre de Borges y, por supuesto, no me dice nada. Guardo el libro en la biblioteca y me olvido del asunto. Quince años después todo el mundo empieza a hablar de Borges, todo el mundo se enamora de él. Entonces voy corriendo a la biblioteca y, gracias a Dios, el libro estaba allí. Volví a leer el prólogo y me gustó muchísimo, como la primera vez, pero en esta oportunidad me emocionó hasta las lágrimas. Me sentí muy feliz, muy orgulloso, al saber que aquel Borges y este Borges eran el mismo.

—Usted considera a la ciencia ficción como la historia del nacimiento de las ideas. ¿No cree que los lectores, muchos de ellos al menos, se acercan al género atraídos más por el goce de la lectura, del estilo y del magnetismo de una buena trama que como si fuesen libros pensados para transmitir conocimientos?

—Escritores como Edgar Burroghs, H. G. Wells o Julio Verne han hecho mucho más por cambiar el curso de la historia de la humanidad que todos los grandes intelectuales del mundo. Expusieron ideas que en su momento parecían muy locas, desatinadas, y que ni siquiera ellos se daban cuenta del alcance que

tendrían. Pero no hay que olvidar que en la evolución del hombre la mayoría de los cambios empieza con un sueño. Del sueño pasan a la curva, al dibujo, al diagrama. Cuando se ponen a dejar testimonio empieza la ciencia, y cuando la ciencia se realiza, se da el hecho científico. Los hombres de las cavernas, aterrorizados por los mamuts, empezaron a soñar el fuego como medio de alejarlos. Después fueron más allá: trataron de inventarlo. Les fue bien y el luego se convirtió en un hecho científico. Más tarde soñaron que los mamuts podían ser su alimento y los pintaron en sus cavernas imaginándose que los mataban. Así nació la historia de la caza. El propósito de la ciencia ficción tal vez no sea transmitir conocimiento, pero está demostrado que lo hace, y muy bien. Además, todo puede ser ciencia ficción hasta que se demuestre lo contrario. Lawrence de Arabia era pura ciencia cuando les juraba a los guerreros árabes que por encima de las montañas surgirían unos ciervos voladores que les arrojarían bombas. Después ya sabe lo que pasó. Los escritores puramente intelectuales, al igual que aquellos guerreros, no tienen el sentido de lo maravilloso.

—De haber vivido en la prehistoria, usted seguramente habría sido uno de los primeros en soñar el fuego, y en soñarlo como un arma. ¿Cuáles intuye que son hoy, a once años de terminar el milenio, las ideas equivalentes a la rueda o a la lanza, por citar dos instrumentos radicalmente transformadores?

—Con el futuro ocurre algo muy curioso: la mayoría de la gente está tan concentrada esperando las maravillosas ideas que revolucionarán el futuro que no se dan cuenta de que el futuro ya empezó y delante mismo de sus narices. Hace dos minutos usted me dio un número de fax de la Argentina que me ahorrará tiempo, esfuerzo y la desagradable tarea de tener que luchar contra el sistema de correos (Nota de la redacción, se refiere al número de fax de su amigo, el fotógrafo y pintor Aldo Sessa). En menos de veinte años el fax habrá hecho desaparecer la mitad de las cartas que se envían en este momento. La verdade-

ra transformación de la Unión Soviética empezará el día en que instalen un millón de fotocopiadoras. El futuro es la casetera, la televisión, el satélite, la nueva tecnología de la comunicación que está cambiando al mundo con una velocidad asombrosa, aunque no nos demos cuenta. El futuro no es un aparatito mágico que alguien lleva un día a nuestra casa, sino que es el uso que le damos a la tecnología que tenemos. Un televisor puede ser un aparato muchas veces estúpido, pero también puede poner en marcha una revolución o impedir que otra estalle. Una bala de cañón no es un instrumento bélico nada más. Fue lo que terminó con las fortalezas, con las ciudades amuralladas, hizo posible las grandes avenidas, las plazas con verde, sacó a millones de personas de una vida entre cuatro piedras. ¿Usted diría que una carretera es revolucionaria? Sin embargo, hicieron posible la mayor transformación demográfica y social de la historia de los Estados Unidos. Las carreteras y los autos baratos posteriores a la Segunda Guerra Mundial —que también merecen ser llamados revolucionarios— permitieron el éxodo masivo de los negros hacia el Norte y el desplazamiento de millones de personas en todas direcciones.

—Después de haber escrito tantos relatos alertándonos sobre los peligros de un mundo excesivamente tecnificado, robots fuera de control y viajeros espaciales alienados, usted parece ahora bastante menos pesimista sobre el tema. ¿Qué fue lo que pasó?

—Que uno crece y va aprendiendo. Es la humanidad la que se amenaza a sí misma, no la tecnología. H. G. Wells estaba convencido de que la invención de la bomba de hidrógeno sería el fin de la especie. Hoy sabemos que la bomba H terminará siendo exhibida en un museo como el instrumento que detuvo la tercera guerra mundial. Permitted, además, un proceso de cooperación impensable entre los Estados Unidos y sus vencidos; fue la bomba la que hizo posible que Alemania terminase transformada en una suerte de Estado número 51 de los Estados Unidos y Japón, en su Estado número 52. Algunos de mis cuentos

pueden hacer creer que soy hostil a la tecnología, pero la cuestión de fondo es otra. A veces escribo para encantar y otras para dar miedo. La tecnología me sirve, en oportunidades, para crear una atmósfera, una situación apropiada para que un personaje nos transmita cierto mensaje.

—Estoy pensando en esos chicos en una habitación del futuro, completamente mecanizada, para suprimir a sus padres.

—El cuento se llama “La Pradera”, pero no cuestiona la tecnología sino la naturaleza humana ¿Quién no pensó en algún momento de la infancia en vengarse de sus padres haciéndolos desaparecer porque lo castigaron o le negaron algo que querían? Lo que sucede es que muchos se conforman con la fantasía o con seguir viviendo con la fantasía y nunca pasan a la ejecución. Ese es el verdadero tema del cuento, pero preferimos recordar el horror que nos provoca esa habitación para no espantarnos de nuestros propios instintos.

—Hace un momento me decía que le estaba escribiendo un largo memo al presidente Bush. ¿Es un memo *top secret* o se lo puede comentar en este reportaje?

—Por una cuestión de respeto, me gustaría que le llegara primero al presidente.

—Para su tranquilidad, le digo que esta nota no se publicará sino hasta dentro de un mes.

—Veamos: soy miembro del Comité Espacial de los Estados Unidos, que asesora al presidente en estas cuestiones, y quiero sugerirle algunas ideas al señor Bush. Tengo seis semanas de plazo para entregarlas. Voy a referirme a la colonización de la Luna, de Marte y a varios proyectos destinados a galvanizar la imaginación de la opinión pública mundial. Desde aquel famoso discurso de John F. Kennedy, la gente no recibe una indicación clara acerca de los objetivos, los plazos, y de lo que razonablemente podemos esperar de la exploración del universo. El retraso de la Unión Soviética en este terreno ha sido muy perjudicial

para todos. Porque la historia de las grandes exploraciones – Colón, Magallanes, Verrazano– es básicamente la historia de un poder compitiendo con otro. Desde hace veinte años, desde la llegada a la Luna, los Estados Unidos, lamentablemente, nos hemos quedado un poco solos allá arriba.

–¿Qué significado va a tener el nombre de Ray Bradbury, digamos, dentro de cien años?

–Todavía andará dando vueltas. El secreto de la permanencia de mis libros es el mismo que ha hecho posible que los grandes libros sagrados lleguen hasta nosotros: la metáfora. Soy un escritor que se expresa con imágenes, pero básicamente con metáforas, de modo que dejo siempre abierta la posibilidad de que con los años cada historia tenga una lectura diferente. La metáfora es sinónimo de lo que perdura. Usted abre la Biblia, lee la historia de Daniel y el león y no la olvida jamás.

–Hablando de imágenes y de metáforas, me gustaría saber cómo se le ocurrió el truco –disculpe que lo llame así– que utilizó en *El hombre ilustrado*. Un viajero desconocido, con el cuerpo completamente tatuado, que en un verano remoto va dándole vida a cada una de esas figuras a medida que cambia de posición en el sueño.

–Cuando tenía unos doce años vino de visita un circo a mi pueblo de Illinois y me hice amigo de dos hombres. A uno lo electrocutaban, mejor dicho, simulaban electrocutarlo todas las noches en medio de la pista. El otro era un gigantón cubierto de tatuajes. El número del primero era mucho más espectacular, por supuesto, y nos llenaba de miedo. Pero cuando vi aquellas imágenes con mis ojos de doce años me pareció estar ante algo extraordinario: un cuerpo en el que convivían personas, paisajes y animales. Mucho tiempo después, mientras escribía un nuevo libro, hurgué en la memoria y rescaté al hombre de los tatuajes para que me ayudase a unir algunos de mis últimos relatos, a darles forma de libro. Le confieso que nunca imaginé que mi

amor por los carnavales y los circos me iba a ayudar tanto en mi vida de escritor.

—En otro de sus cuentos. *El cohete* creo que se llama, aparece un viajero del espacio que vaga de un planeta a otro tratando de localizar al Mesías. ¿No fue un anticipo de la experiencia mística que vivieron varios de los astronautas del programa Apolo?

—Y que vivirán seguramente muchos otros de ahora en más. Ocurre que un viaje espacial es, esencialmente, una experiencia religiosa. Al abandonar la Tierra, el hombre está rodeado por una belleza tan conmovedora que es imposible no asociar ese paisaje con la eternidad. No olvidemos que la palabra religión significaba acercar, participar, crear un sentimiento de comunión. Estoy convencido de que la exploración de nuestra galaxia va a contribuir al renacimiento de la religión. La va a emplazar en una perspectiva mucho más amplia, en un escenario auténticamente universal.

—¿Sigue pensando en que fue la Iglesia la que lo inventó a Freud hace dos mil años?

—Absolutamente. La Iglesia descubrió que el hombre necesita confesarse, que es lo mismo que hacen los pacientes en el sofá del analista. La diferencia es que pagan mucho más. Estoy por cumplir setenta años y hace por lo menos cincuenta que publico libros, lo cual me ha permitido ser un hombre feliz. Mi sospecha es que si la gente pudiese ganarse la vida haciendo un trabajo creativo, el análisis tendría serios problemas para subsistir.

—Sin embargo, hay un personaje suyo, bastante autobiográfico, Dudley Stone, que un buen día se ve obligado a dejar la literatura porque no sabe cómo afrontar las tremendas expectativas del público. Sería interesante saber, para terminar, si alguna vez estuvo envuelto en una pesadilla parecida.

—Siempre estoy escribiendo algo, de modo que no tengo tiempo para pensar de dónde vienen mis argumentos o si llegará

el día en que me quede vacío, sin nada para decir. La historia de Dudley Stone, curiosamente, es muy autobiográfica, pero no en el sentido en que usted imagina. El personaje está basado en un buen amigo de la juventud. Los dos queríamos ser escritores y trabajábamos juntos, codo con codo, en la misma habitación, pero a mí me empezaba a ir muy bien y a él no. Entonces, cada vez que nos sentábamos a escribir, me sentía culpable. Llegué a sospechar, incluso, que a mi amigo le gustaría verme muerto o desaparecido. Y fue ese sentimiento de culpa el que puso en marcha el cuento. A mi compañero, pensé, le encantará saber que el buen Bradbury y sus personajes están, por fin, terminados y sin nada interesante que contarles a sus lectores. Lo gracioso es que, años más tarde, mi amigo tuvo bastante éxito en su profesión, pero yo ya no podía volverme atrás. La historia de Dudley Stone estaba en todas las librerías y bibliotecas de los Estados Unidos.

26 de noviembre de 1989

La Nación

Otras publicaciones de la Academia Nacional de Periodismo

- Boletines N° 1 a 17 (1997 a 2005).
- *Presencia de José Hernández en el periodismo argentino*, por Enrique Mario Mayoche, 1998.
- *Guía histórica de los medios gráficos argentinos en el siglo XIX*, 1998.
- *El otro Moreno*, por Germán Sopeña, 2000.
- *Orígenes periodísticos de la crítica de arte*, por Fermín Fèvre, 2001.
- *Periodismo y empatía*, por Ulises Barrera, 2001.
- *Homenaje a Félix H. Laíño*, 2001.
- *Sarmiento y el periodismo*, por Armando Alonso Piñeiro, 2001.
- *El periodismo como deber social*, por Lauro F. Laíño, 2001.
- *Historia de la idea democrática*, por Mariano Grondona, 2002.
- *Música argentina y mundial*, por Napoleón Cabrera, 2002.
- *Premios a la Creatividad 2001*, por Diez, Pérez y Rudman, 2002.
- *Cara a cara con el mundo*, por Martín Allica, 2002.
- *La identidad de los argentinos, sus virtudes y peligros*, por Enrique Oliva, 2002.
- *Gerchunoff o el vellocino de la literatura*, por Bernardo Ezequiel Koremblit, 2003.
- *La responsabilidad social y la función educativa de los medios de comunicación*, por Rafael Braun, Pedro Simoncini y Federico Peltzer, 2003.

- *Premios a la Creatividad 2002*, por Jiménez Corte, Rimoldi y Altabás, 2003.
- *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001)*, por Mario Tesler, 2004.
- *Orígenes de la libertad de prensa*, por Armando Alonso Piñeiro, 2004.
- *“La Prensa” que he vivido*, por Enrique J. Maccira, 2004.
- *El periodismo cordobés y los años '80 del siglo XIX*, por Efraín U. Bischoff, 2004.
- *Tres batallas por la libertad de prensa*, por Alberto Ricardo Dalla Via, 2004.
- *Doctrina de la real malicia*, por Gregorio Badeni, 2005.

INDICE

Discurso de recepción pronunciado por el doctor José Claudio Escribano	11
La Patagonia de Sopeña	15
Habla el hombre de Hiroshima	29
Respuestas de un hombre que conquistó la Luna	41
Un largo viaje de Mao a Borges	55
Una visita a Borges	61
El misterio tiene su aniversario: Agatha Christie, la reina del crimen	69
Reportaje a Isaac Asimov, el hombre que no puede parar de escribir	83
Epopeya: los galeses que conquistaron la Patagonia	95
Bradbury por Bradbury	107



Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Diciembre de 2005